

© 1994 by Xáç Šāiæ Ē!*

Clavos rojos
Robert E. Howard

Durante un par de años, Conan desempeña con éxito el oficio de pirata como capitán del barco Holgazán. Pero los demás piratas zingarios, celosos de los triunfos del extranjero que se encuentra entre ellos, finalmente logran hundir su barco delante de las costas de Shem. Conan huye entonces tierra adentro, y se entera de que se están produciendo contiendas en las fronteras de Estigia. El cimmerico se une a un grupo de Compañeros Libres, una de tantas bandas de mercenarios que luchan por cuenta propia bajo el mando de un tal Zarallo. En lugar de conseguir un rico botín, Conan se ve obligado a montar guardia en el puesto fronterizo de Sukhmet, limítrofe con los reinos negros. Allí el vino es agrio y los beneficios escasos. Además, Conan se cansa pronto de las mujeres negras. Su aburrimiento termina con la aparición de Valeria de la Hermandad Roja, una mujer pirata que conoció cuando convivía con los bucaneros de las islas Barachanas. La muchacha toma medidas drásticas ante los excesos de un oficial estigio y luego huye, y entonces Conan la sigue hasta las tierras negras.

Capítulo 1

La calavera en el risco

La mujer que iba a caballo tiró de las riendas y el cansado corcel se detuvo. El animal quedó patiabierta y con la cabeza colgando, como si le hubiera pesado demasiado el arnés dorado guarnecido con cuero rojo. La mujer sacó una bota del estribo de plata y se bajó del caballo. Luego ató las riendas a la rama de un arbusto y miró a su alrededor, con las manos en las caderas. Lo que vio no le resultó agradable. Unos árboles altísimos se encontraban sobre la laguna en la que el caballo acababa de beber. Unos sombríos matorrales limitaban la visión entre las sombras que proyectaban las densas ramas. Los espléndidos hombros de la mujer se estremecieron, y luego profirió una maldición.

Era una mujer alta, de busto generoso, largas piernas y hombros firmes. Todo su cuerpo reflejaba una fortaleza poco habitual entre las de su sexo, pero a pesar de ello su feminidad no se resentía en absoluto. Se notaba que era una mujer de la cabeza a los pies, pese a su actitud y a su atuendo. Este último era el adecuado, teniendo en cuenta el lugar en el que se hallaban. En lugar de falda usaba unos pantalones de montar de seda, sujetos a la cintura por un amplio fajín. Llevaba unas botas de cuero fino que le llegaban hasta las rodillas, y completaba su atavío una camisa de seda escotada y de mangas amplias. Sobre una de sus bien formadas caderas llevaba una espada de doble filo, y sobre la otra, una larga daga. Su cabello dorado y revuelto, que le caía sobre los hombros, iba recogido con una cinta de raso de color carmesí.

Su silueta se recortaba contra el bosque sombrío y primitivo, y en su pose había algo extraño y fuera de lugar. La figura de la mujer habría resultado más apropiada contra un fondo de nubes, mástiles e inquietas gaviotas. Sus grandes ojos eran del color del mar. Y así debía ser, pues se trataba de Valeria, de la Hermandad Roja, cuyas hazañas se celebraban en canciones y baladas en todos los lugares donde se reunían los marinos.

Después de dejar atado el caballo, avanzó hacia el este, echando de vez en cuando una mirada hacia atrás, en dirección a la laguna, con el fin de fijar su camino en la mente. El silencio del bosque la inquietaba. No se oía cantar ningún pájaro ni se escuchaba crujido de ramas que indicasen la presencia de otros animales. Había viajado durante leguas y leguas por tierras de una quietud sombría, interrumpida tan sólo por los sonidos producidos por su caballo.

La mujer había calmado su sed en la laguna, pero ahora sentía el imperioso acicate del hambre y comenzó a mirar en derredor en busca de algunos frutos, gracias a los cuales había sobrevivido desde que se le agotaron las provisiones que llevaba en las alforjas de la silla de montar.

En ese momento vio en frente una enorme roca oscura, como de pedernal, que sobresalía entre los árboles. Pero no se divisaba la cima, pues estaba oculta de la vista de la mujer por unas ramas. Pensó que desde la parte más alta del peñasco podría divisar los contornos de la boscosa comarca donde se encontraba.

Una pequeña loma formaba una rampa natural que permitía ascender por el escarpado risco. Cuando la mujer hubo subido unos quince metros, llegó a una franja boscosa que rodeaba el peñasco. Se internó en la densa vegetación, sin poder ver lo que había más arriba o más abajo. Pero poco después divisó el azul del cielo, y más tarde salió a la cálida luz del sol y vio la franja de árboles que se extendía a sus pies.

Se erguía sobre un amplio rellano que se encontraba casi a la altura de los árboles. Desde allí se alzaba un saliente rocoso que constituía la cima del risco.

Pero algo más llamó su atención en ese momento. Uno de sus pies golpeó contra un objeto que se hallaba entre la alfombra de hojas que tapizaba el saliente rocoso. Apartó las hojas con la bota y vio el esqueleto de un hombre. Su ojo experimentado recorrió el blanco armazón, pero no vio huesos rotos ni señal alguna de violencia. Aquel hombre debió de morir de muerte natural, si bien no entendía que hubiera subido hasta ese lugar para terminar allí sus días.

La mujer trepó hasta lo alto de la cima y echó un vistazo hacia el horizonte. El techo boscoso, que parecía una pradera visto desde allí, era tan impenetrable como cuando se lo observaba desde abajo. Ni siquiera pudo divisar la laguna en la que había dejado su caballo. Echó una mirada al norte, en dirección al punto desde el que había llegado. Tan sólo vio la ondulante superficie del verde océano, que se extendía cada vez más lejos. En la distancia se divisaba una borrosa línea oscura: la cordillera que había cruzado unos días antes para internarse después en el inmenso bosque.

Hacia el este y el oeste, el paisaje era el mismo, si bien no se apreciaba la línea oscura de los montes en esa dirección. Luego, cuando se volvió hacia el sur, la mujer se estremeció y contuvo el aliento.

A media legua de donde se encontraba, el bosque se acababa súbitamente y daba lugar a una llanura sembrada de cactus. En medio de dicha planicie se alzaban las murallas y las torres de una ciudad.

Valeria profirió un juramento que expresaba su asombro. No se habría sorprendido de ver una aldea, ya sea formada por las chozas de ramas de los negros como por las cabañas de la misteriosa raza cobriza que, según se decía, habitaba en algún lugar de aquella zona inexplorada. Pero le sorprendió enormemente el hecho de encontrar allí una verdadera ciudad amurallada, a tantos días de camino de la avanzadilla más cercana de cualquier país civilizado.

Le dolían las manos de sujetarse al saliente rocoso de la cúspide, por lo que Valeria descendió hasta el reborde de piedra con el ceño fruncido.

Venía de muy lejos, del campamento de mercenarios situado junto a la ciudad fronteriza de Sukhmet, que se alzaba en medio de extensas praderas y donde montaban guardia fieros aventureros de todas las razas que protegían la frontera estigia contra las incursiones que llegaban como una marea roja procedentes de Darfar.

Valeria había escapado ciegamente hacia una región que desconocía por completo. Y ahora se debatía entre el deseo de cabalgar directamente hasta aquella ciudad de la llanura y el instinto de conservación y cautela que le aconsejaban que la evitara, dando un amplio rodeo para proseguir su solitaria huida.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un rumor que percibió entre la densa vegetación que había debajo de ella. La miró, giró en redondo con un gesto felino y empuñó la espada. Luego se quedó inmóvil, mirando con ojos desorbitados al hombre que

se encontraba delante de ella.

Era casi un gigante, cuyos enormes músculos se percibían bajo su piel bronceada por el sol. Su atuendo era similar al de Valeria, pero en lugar del fajín que ella usaba, llevaba un cinturón de cuero. De su cinto colgaban una ancha espada de doble filo y un puñal.

—¡Conan el Cimmerio! —exclamó la mujer—. ¿Qué haces siguiendo mi rastro?

El aludido sonrió toscamente y sus fieros ojos azules brillaron con un fulgor que cualquier mujer hubiera entendido, mientras recorrían el espléndido cuerpo de Valeria y se detenían en la blanca piel del generoso escote, que permitía admirar en parte sus opulentos senos.

—¿No lo sabes? —dijo él riendo—. ¿Acaso no he expresado admiración hacia tu cuerpo desde que te vi por primera vez?

—Un semental no lo habría dicho más claramente —repuso Valeria con desdén—. Pero lo cierto es que no esperaba encontrarte tan lejos de los barriles de cerveza de Sukhmet. ¿De verdad me has seguido desde el campamento de Zarallo, o acaso te echaron de allí a latigazos por alguna fechoría?

El cimmerico se echó a reír por su insolencia, y todos los músculos de su cuerpo se pusieron en tensión.

—Sabes muy bien —repuso— que Zarallo no tiene agallas para echarme del campamento. Sí, es cierto que te he seguido. ¡Y es una suerte para ti, moza! Cuando apuñalaste a aquel oficial estigio, perdiste el favor y la protección de Zarallo y los estigios te proscibieron.

—Lo sé —respondió ella con tono sombrío—. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Ya viste cómo me provocó aquel oficial.

—Sí —asintió el cimmerico—, y si hubiera estado allí, lo habría acuchillado yo mismo. Pero la mujer que vive en un campamento militar ha de estar preparada para que le ocurran cosas semejantes.

Valeria dio un puntapié en el suelo y gritó otra maldición.

—¿Por qué los hombres no me tratan como a un hombre? —preguntó irritada.

—¡Eso está claro! —dijo él, devorándola con los ojos—. Pero has hecho bien en huir, pues los estigios te habrían despellejado viva. El hermano del oficial muerto te siguió, y más rápido de lo que podrías pensar. No estaba muy lejos de ti cuando le encontré. Tenía un caballo mejor que el tuyo y te habría alcanzado en una legua aproximadamente. Y estoy seguro de que te hubiera degollado.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Y bien, ¿qué? —preguntó el cimmerico, que parecía desconcertado.

—¿Qué hiciste con el estigio?

—¡Vaya! ¿Qué imaginas que iba a hacer yo? Le maté, por supuesto, y dejé su cadáver

como alimento para los buitres. Eso me demoró, y casi perdí tu rastro cuando atravesaste las montañas. De lo contrario te hubiera alcanzado hace mucho tiempo.

—¿Y ahora pretendes llevarme de vuelta al campamento de Zarallo? —preguntó ella con voz sarcástica.

—No seas necia —repuso el bárbaro con un gruñido—. Vamos, muchacha, no seas tan arisca. Yo no soy como el estigio que apuñalaste, y lo sabes muy bien.

—Sí, eres tan sólo un vagabundo sin blanca —contestó Valeria provocativa.

El cimmerico se rió.

—¿Y qué eres tú? Ni siquiera tienes dinero para comprarte unos pantalones mejores. Pero tu desdén no me engaña. Tú sabes que he capitaneado barcos más grandes y mayor número de piratas que tú en toda tu vida. Y en cuanto a lo de estar sin blanca, ¿a qué aventurero no le ocurre eso? Bien sabes que por esos mares he ganado suficiente oro como para llenar un galeón.

—¿Y dónde están los hermosos barcos y los hombres audaces que capitaneaste, amigo? —preguntó ella con tono de burla.

—Casi todos están en el fondo del océano —repuso el cimmerico sin rodeos—. Los zingarios hundieron mi última nave delante de las costas shemitas. Por eso me uní a los Compañeros Libres de Zarallo. Pero comprendí que me había equivocado cuando nos encaminamos hacia la frontera de Darfar. El país era pobre y el vino bastante malo. Además, no me gustan las mujeres negras, y éstas son las únicas que había en nuestro campamento de Sukhmet: negras, con anillos en la nariz y dientes limados, ¡bah! ¿Y tú, por qué te uniste a Zarallo? Sukhmet está a una distancia considerable del mar.

—Ortho el Rojo quería convertirme en su amante —repuso ella hoscamente—. Una noche, cuando estábamos anclados en el puerto de Zabela, frente a las costas de Kush, salté por la borda y nadé hasta la costa. Allí, un comerciante shemita me dijo que Zarallo llevaba a sus Compañeros Libres al sur, para vigilar la frontera de Darfar. Yo no tenía otra alternativa, por lo que me uní a la caravana que se encaminaba hacia el este y finalmente llegué a Sukhmet.

—Fue una locura huir hacia el sur, como tú has hecho —dijo el cimmerico—. Pero en cierto modo también resultó acertado, ya que las patrullas de Zarallo no te buscarán en esta dirección. Tan sólo el hermano del oficial que mataste consiguió hallar tu rastro.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer? —le preguntó la mujer al cimmerico.

—Nos dirigiremos hacia el oeste —repuso él—. Yo ya había estado en el extremo sur, pero nunca había llegado tan al este. Después de varios días de viaje, llegaremos a las sabanas, donde las tribus negras apacientan su ganado. Tengo buenos amigos entre esa gente. Iremos hasta la costa y buscaremos un barco. Estoy cansado de la selva.

—Entonces sigue solo tu camino —dijo Valeria—. Yo tengo otros planes.

—¡No seas necia! —repuso él, mostrándose irritado por primera vez—. No puedes andar sola por estos bosques.

—Claro que puedo.

—Pero ¿qué pretendes hacer?

—Eso no es asunto tuyo —contestó la mujer secamente.

—Por supuesto que lo es —afirmó Conan con tranquilidad—. ¿Crees que te he seguido tan lejos para volverme con las manos vacías? Vamos, sé sensata, muchacha. No voy a hacerte ningún daño...El cimmerico se adelantó hacia ella, pero Valeria dio un salto atrás y desenvainó la espada.

—¡Detente, perro bárbaro, o te ensarto como a un cerdo! —exclamó la mujer.

Él se detuvo de mala gana y preguntó:

—¿Quieres que te quite ese juguete y te zurre en las posaderas con él?

—¡Palabras, sólo palabras! —dijo ella en tono burlón, mientras el brillo del sol se reflejaba en sus ojos azules de mirada indómita.

Conan sabía que ella estaba en lo cierto. Ningún hombre habría podido desarmar a Valeria de la Hermandad Roja con las manos desnudas. El cimmerico frunció el ceño, presa de sentimientos contradictorios. Se sentía decepcionado, pero no dejaba de admirar el valor de la mujer. Ardía en deseos de poseer aquel espléndido cuerpo y de estrujarla entre sus brazos de hierro, pero a pesar de todo no quería hacerle daño. Sabía muy bien que si daba un paso más en dirección a Valeria, ésta le clavaría la espada en el corazón. Había visto a la joven dar muerte a demasiados hombres en grescas de taberna como para dudar de ello. Conan sabía que era rápida y feroz como una tigresa. Es cierto que él podía desenvainar su espada y desarmarla, pero no soportaba la idea de empuñar un arma frente a una mujer.

—¡Maldita seas, muchacha! —exclamó el cimmerico desesperado—. Te voy a quitar...Olvidando toda prudencia, Conan dio un paso, y en aquel momento ella se dispuso a atacar con una estocada de efectos mortales. Pero algo interrumpió la escena, que era a la vez jocosa y dramática.

—¿Qué es eso?

La exclamación partió de Valeria, pero ambos se estremecieron violentamente. Conan se volvió como un felino, con la espada en la mano. Atrás, en el bosque, se oían los fuertes relinchos de los caballos, presa de terror y de angustia. Entre los relinchos alcanzaron a escuchar un chasquido de huesos destrozados.

—¡Unos leones están matando a nuestros caballos! —exclamó Valeria.

—¡No son leones! —dijo el cimmerico con los ojos brillantes—. ¿Has oído el rugido de algún león? En cambio, escucha ese crujir de huesos. Ni siquiera un león podría producir semejante ruido al matar a un caballo.

Conan corrió rampa abajo y ella le siguió. Ambos habían olvidado su disputa personal y se habían unido ante el peligro común con instintos de aventurero. Los relinchos habían cesado cuando se internaron de nuevo en el bosque.

—Encontré tu caballo atado junto a la laguna —murmuró Conan, deslizándose sin hacer el menor ruido—. Yo até el mío a su lado y seguí tu rastro. ¡Observa ahora!

Habían salido del círculo de árboles que rodeaba el peñasco y miraron en dirección hacia las lindes más cercanas del bosque. Los gigantescos troncos tenían un aspecto fantasmagórico.

—Los caballos deben de estar más allá de estos árboles —musitó Conan con una voz que parecía el susurro de una tenue brisa—. ¡Escucha!

Valeria ya había oído, y un escalofrío recorrió su cuerpo. Apoyó inconscientemente la mano en el musculoso brazo de su acompañante. Desde el otro lado de la espesura llegaba un terrible crujido de huesos, junto con un ruido de carnes desgarradas y una respiración ávida, intensa, espeluznante.

—Los leones no hacen semejante ruido —siguió diciendo el cimmerico en voz baja—. Alguien se está comiendo nuestros caballos. ¡Pero por Crom que no son leones!

El ruido se interrumpió súbitamente y Conan profirió un juramento. Se había levantado una brisa que soplaba directamente desde ellos hacia el lugar en el que se encontraba el enemigo invisible.

—¡Ahí viene! —dijo Conan desenvainando la espada.

Los matorrales se agitaron violentamente y Valeria se aferró con más fuerza al brazo de Conan. A pesar de que ignoraba la fauna de la selva, se daba cuenta de que ningún animal conocido podía agitar los arbustos de la misma manera que aquel ser desconocido.

—Debe de tener el tamaño de un elefante —musitó el cimmerico haciéndose eco de los pensamientos de la joven—. Pero ¡qué demonios...!

Su voz se desvaneció y hubo un silencio lleno de estupefacción.

A través de los zarzales había aparecido una cabeza de pesadilla. Unas fauces sonrientes dejaban al descubierto una enorme dentadura amarilla de la que chorreaba babosa espuma rojiza. Por encima de la boca había un hocico arrugado de saurio. Un par de ojos similares a los de una serpiente, pero mucho más grandes, miraban fijamente a la inmóvil pareja que se hallaba sobre la roca. Pero de los enormes belfos no sólo fluía baba, sino también una sangre oscura que caía en gotas al suelo.

La cabeza, muchísimo más grande que la de un cocodrilo, se prolongaba hacia atrás convirtiéndose en un largo cuello lleno de escamas coronado por una cresta de espinas. Detrás, aplastando los arbustos como si fueran hierbajos, se veía un cuerpo monstruoso, con forma de barril y unas patas ridículamente cortas. El vientre blanquecino casi rozaba el suelo, mientras que el espinazo medía el doble que Conan. Una cola larga y afilada, como la de un gigantesco escorpión, se arrastraba por la hojarasca.

—¡Sube al risco, rápido! —exclamó el cimmerico empujando a la muchacha—. No creo que pueda trepar, pero si seguimos aquí podría levantarse sobre las patas traseras y alcanzarnos... Con un chasquido de ramas rotas, el monstruo se abalanzó sobre ellos a través de los arbustos. La pareja huyó rápidamente hacia arriba. Mientras Valeria se

internaba en la densa vegetación, lanzó una mirada hacia atrás y vio al titán que se alzaba amenazador sobre sus robustas patas traseras, tal como Conan había pronosticado. El espectáculo aterró a la mujer, ya que el animal le parecía cada vez más grande y veía que su cabeza sobresalía por encima de los árboles más bajos. Estuvo a punto de caer hacia atrás, pero la férrea mano de Conan la sujetó con firmeza por un brazo y la arrastró hacia adelante, hasta la franja de árboles, y luego más allá, donde el sol brillaba de nuevo. El monstruo se levantó una vez más y apoyó las patas delanteras sobre el risco, con un impacto tal que hizo vibrar la roca.

Detrás de los fugitivos apareció la enorme cabeza que asomaba entre las ramas, y la pareja miró durante unos instantes aterradores el rostro de pesadilla con los ojos llameantes y las fauces abiertas de par en par. Luego, los ciclópeos colmillos chasquearon en el aire, y la cabeza se retiró y desapareció de la fronda como si se hubiera hundido en la laguna.

Valeria y Conan miraron entre las ramas y vieron al monstruo sentado sobre sus patas traseras en la base del risco, mirándolos sin parpadear.

Valeria se estremeció.

—¿Cuánto tiempo crees que permanecerá allí? —le preguntó en voz baja.

Conan dio una patada a la calavera del esqueleto que la joven había hallado momentos antes.

—Este pobre diablo debió de subir aquí para huir del monstruo o de algo parecido. Seguramente murió de hambre, pues no se ve ningún hueso roto. Ese animal es, sin duda, un dragón como aquellos de los que hablan los negros en sus leyendas. Si es así, no se marchará de aquí hasta que estemos muertos.

Valeria le miró desconcertada. Su resentimiento había desaparecido y en su lugar surgió el pánico. Había demostrado un valor a toda prueba en miles de ocasiones: durante fieras batallas en el mar o en tierra, en cubiertas resbaladizas a causa de la sangre, ante ciudades amuralladas y en las arenosas playas donde los miembros de la Hermandad Roja empapaban sus cuchillos con la sangre de otros compinches, luchando por la jefatura del grupo. Pero las perspectivas con las que se enfrentaba ahora le helaban la sangre. Recibir un sablazo en el fragor de la batalla no era nada, pero sentarse indefensa y de brazos cruzados hasta morir de hambre, asediada por un monstruoso sobreviviente de otra época... El solo hecho de pensar en ello le hacía latir las sienas de horror.

—Pero el monstruo tiene que comer y beber para sobrevivir —razonó Valeria.

—No necesita ir muy lejos para hacer ambas cosas —repuso el cimmerico—. De todos modos, está repleto de carne de caballo, aunque, a diferencia de otros reptiles, no parece que necesite dormir después de una comida abundante. De todos modos, no creo que pueda trepar por el risco.

Conan hablaba sin inmutarse. Él era un bárbaro, y las experiencias de su vida pasada en los páramos salvajes habían calado muy hondo en él. Se sentía capaz de hacer frente a una situación como aquella con una frialdad de la que jamás hubiera hecho gala una

persona civilizada.

—¿No podríamos trepar a los árboles y huir por las ramas, como los monos? —preguntó Valeria desesperada.

El cimmerico movió negativamente la cabeza.

—Ya he pensado en eso —respondió—. Y he visto que las ramas que dan al risco son demasiado delgadas y se romperían a causa de nuestro peso. Además, tengo la impresión de que ese monstruo es capaz de arrancar un árbol de raíz.

—Entonces ¿nos vamos a quedar aquí sentados hasta que nos muramos de hambre? —exclamó Valeria, furiosa—. ¡Pues yo no pienso hacerlo! ¡Bajaré e intentaré cortarle la cabeza a ese maldito monstruo!

Conan estaba sentado en el saliente rocoso, al pie de la cima. Levantó los ojos y contempló con admiración a la mujer de ojos centelleantes y cuerpo tenso. Pero al darse cuenta de que estaba algo trastornada, prefirió no hacer ningún comentario. Al cabo de un rato de silencio dijo con un gruñido:

—Siéntate y cálmate.

La cogió por las muñecas y la obligó a sentarse en sus rodillas. Valeria estaba demasiado sorprendida para resistirse. Conan agregó enseguida:

—Si atacaras al dragón, sólo conseguirías destrozar tu espada contra sus escamas. Te engulliría de un bocado o te aplastaría como a un huevo con su pesada cola. Tenemos que salir de aquí de algún modo, pero sin dejar que nos devore como a un par de palomos.

Ella no contestó y tampoco rechazó el brazo del cimmerico, que le rodeaba la cintura. Estaba asustada, lo que constituía una sensación nueva para Valeria de la Hermandad Roja. En consecuencia, se quedó sentada sobre las rodillas de su acompañante con una docilidad que habría asombrado a Zarallo, del cual la había tildado de mujer endemoniada.

Conan jugó con los suaves cabellos rubios de la mujer, pendiente al parecer tan sólo de conquistarla. Ni el esqueleto que se hallaba a sus pies ni el monstruo que acechaba más abajo parecían turbar en lo más mínimo su interés por Valeria.

Los inquietos ojos de la mujer descubrieron algunas manchas de color entre los árboles. Se trataba de unos frutos; eran unas esferas rojas de gran tamaño que colgaban de las ramas de un árbol cuyas hojas tenían una forma peculiar e intenso color verde. En ese momento se dio cuenta que tenía mucha sed y hambre, sobre todo al comprender que no podía bajar del risco para satisfacer esas necesidades.

—No nos vamos a morir de hambre —dijo—. Podemos alcanzar esos frutos, al menos.

Conan miró en la dirección que señalaba Valeria y dijo con un gruñido:

—Si comemos eso, no tendremos que preocuparnos del dragón. Esos frutos son los que los negros de Kush llaman Manzanas de Derketa. Derketa es la Reina de los Muertos. Si bebes un poco de ese jugo o lo esparces tan sólo sobre la piel, morirás antes de caer al

suelo.

—¡Oh! —exclamo Valeria desanimada.

Luego hubo un silencio tenso. La mujer pensó que no tenían salvación, y mientras tanto veía que Conan sólo parecía preocupado por acariciarle la cintura y el suave cabello. Si estaba pensando en un plan de huida, era evidente que lo disimulaba con gran habilidad.

—Si me quitas las manos de encima —dijo ella finalmente—y trepas a esa cima, verás algo que te sorprenderá.

El cimmerico la miró perplejo y obedeció, mientras encogía sus anchos hombros. Conan se aferró al saliente rocoso y miró por encima de los árboles.

Permaneció en silencio durante un momento, inmóvil como una estatua de bronce. Finalmente murmuró quedo:

—Sí, es una ciudad amurallada. ¿Ibas hacia allí cuando trataste de que me marchara solo a la costa?

—La había visto antes de que tú llegaras. Y no sabía que existiera cuando salí de Sukhmet.

—¿Quién podía pensar en hallar una ciudad aquí? —dijo el bárbaro—. No creo que los estigios hayan llegado tan lejos. ¿La habrán construido los negros? Pero no veo rebaños en la llanura, ni cultivos, ni gente en movimiento por los alrededores.

—Quizá no se vean debido a la distancia —sugirió ella.

El cimmerico se encogió de hombros y descendió del peñasco.

—Bien, lo cierto es que la gente de esa ciudad no va a ayudarnos; ni podría hacerlo, si quisiera. Pero los habitantes de los países negros suelen ser hostiles a los extranjeros. Probablemente nos atacarán con sus lanzas...

Conan se calló de repente y permaneció en silencio durante unos instantes, reflexionando y mirando las esferas rojas que se divisaban entre las hojas.

—¡Lanzas! —susurró—. ¡Qué necio he sido por no haber pensado antes en ello! ¡Eso es lo que hace una mujer hermosa con la mente de un hombre sensato!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Valeria.

El cimmerico no se molestó en responder y descendió hasta el bosque, mirando a través de las ramas. El monstruo seguía sentado abajo, observando el risco con la estremecedora paciencia que caracteriza a los reptiles. Es probable que uno de los de su especie hubiera mirado del mismo modo a alguno de los trogloditas antepasados del cimmerico en el amanecer de los tiempos. Conan le gritó una maldición al animal y comenzó a cortar ramas lo más largas posibles. El movimiento de las hojas inquietó al dragón, que agitó su poderosa cola, abatiendo algunos arbolillos como si fueran endebles juncos. El cimmerico lo miró con el rabillo del ojo, y cuando Valeria ya pensaba que el dragón iba a precipitarse nuevamente sobre el risco, Conan se retiró y trepó hasta el saliente rocoso con las ramas que había cortado. Eran tres ramas resistentes, muy finas y

largas. También había cortado algunos tallos de enredaderas.

—Ya lo ves, las ramas son demasiado finas y los bejucos no llegan al grosor de un cordel —dijo Conan mientras señalaba el follaje que había dejado—. No soportarían nuestro peso. Pero ya se sabe que la unión hace la fuerza. Eso es lo que los renegados aquilonios solían decirnos a los cimmericos cuando llegaron a nuestras montañas para organizar un ejército, con el que pretendían invadir su propio país. Porque nosotros siempre hemos combatido agrupados en clanes y tribus, y no en grandes grupos.

—¿Qué demonios vas a hacer con esos palos? —preguntó Valeria.

—Espera y verás.

Conan juntó las tres varas, colocó entre ellas su daga con la punta hacia afuera y luego ató el conjunto con los tallos de las enredaderas. Cuando terminó, disponía de una lanza bastante fuerte y de dos metros de largo.

—¿Y qué pretendes hacer con eso? —preguntó de nuevo la mujer—. Antes me dijiste que un arma no podría traspasar las escamas del dragón.

—No tiene escamas en todo el cuerpo —repuso él—. Y ten en cuenta que hay más de una manera de desollar a un buey.

A continuación, el bárbaro se dirigió al bosque y atravesó con la hoja de la lanza una de las Manzanas de Derketa, procurando alejarse para evitar las gotas de color púrpura que caían del fruto. Luego retiró el arma y le enseñó a Valeria la hoja, que estaba empapada en un líquido de color carmesí.

—No sé si esto servirá —dijo el cimmerico—. Aquí hay veneno suficiente para matar a un elefante, pero ya veremos.

Valeria se encontraba cerca de Conan cuando éste se deslizó entre los árboles. Llevaba la lanza cuidadosamente alejada del cuerpo; asomó la cabeza entre las hojas y le habló en voz alta al monstruo.

—¿Qué estás esperando, hijo de padres desconocidos? ¡A ver, levanta de nuevo esa ridícula cabezota, si no quieres que baje y te destroce a puntapiés!

Luego dijo algunas frases más que hicieron estremecer a Valeria, a pesar de que había convivido durante mucho tiempo con los piratas. Como si el monstruo hubiera comprendido las elocuentes palabras del cimmerico, se levantó con una velocidad aterradora sobre sus patas traseras y alargó el cuerpo y el cuello en un furioso esfuerzo por alcanzar al vociferante pigmeo que turbaba el silencio de su territorio.

Pero Conan había calculado la distancia con absoluta precisión. La enorme cabeza penetró con fuerza, pero en vano, entre las hojas. Y cuando las fauces del monstruo se abrían como las de una enorme serpiente, el bárbaro arrojó la lanza con todas sus fuerzas, y la larga hoja del puñal se hundió hasta la empuñadura en la carne, atravesándola hasta llegar al hueso.

Enseguida las mandíbulas chasquearon convulsivamente, cortando en dos la improvisada lanza, y estuvieron a punto de hacer caer a Conan de la roca. Éste se habría

precipitado al suelo de no haber sido por Valeria, que le cogió por el cinto de la espada con una fuerza desesperada. El cimmerico recuperó el equilibrio y le dio las gracias con una sonrisa.

Abajo se encontraba el enorme monstruo, que aullaba con terrible furia. Sacudía la cabeza de un lado a otro, se golpeaba con las garras y abría la boca de par en par. Por fin logró arrancar el trozo de lanza con una de sus enormes patas. Luego echó la cabeza hacia atrás, expulsando torrentes de sangre por la boca, y miró hacia el risco con una furia tan intensa que Valeria tembló de miedo. Las escamas del lomo del dragón, así como las de los flancos, cambiaron de color y pasaron del pardo al rojo intenso. Los bramidos del monstruo no se parecían a ningún sonido que hubieran oído Valeria y Conan en sus vidas.

Al tiempo que lanzaba rugidos ensordecedores, el dragón avanzó en dirección al risco donde se refugiaban sus enemigos. Levantó una y otra vez la cabeza para morder, en vano, el aire. Luego se lanzó con todas sus fuerzas contra la roca, y ésta vibró desde la base hasta la cima.

Tal exhibición de furia primitiva hizo que a Valeria se le helara la sangre en las venas, pero Conan estaba demasiado cerca de lo primitivo como para dejarse impresionar. El monstruo que había abajo era para Conan un simple ser vivo que se diferenciaba de él tan sólo en la forma y en el tamaño. Así pues, permaneció sentado y tranquilo, observando las reacciones del enorme animal.

—El veneno empieza a hacer efecto —dijo al fin, convencido.

—No lo creo —repuso Valeria, que consideraba absurdo que algo, por mortífero que fuera, pudiera afectar a aquella montaña de músculos.

—Su voz denota temor —insistió el cimmerico—. Primero era sólo dolor por la herida de la mandíbula, pero ahora comienza a sentir la acción del veneno. ¡Mira, se está tambaleando! Se quedará ciego dentro de un momento... ¿Eh, qué te decía?

—¿Está huyendo? —preguntó Valeria.

—¡Está intentando llegar a la laguna! —dijo Conan, y se puso en pie lleno de expectación—. Sin duda el veneno le ha dado una sed terrible. ¡Vamos! Estará ciego dentro de unos momentos, pero podría olfatear el camino hasta el pie del risco otra vez. Y si nuestro olor persiste, tal vez se quede aquí hasta que muera. Además, al oír sus bramidos pueden llegar otros de su especie. ¡Vámonos de aquí!

—¿Hacia allí abajo? —preguntó Valeria indecisa.

—Claro. Vamos hacia la ciudad amurallada. Quizás allí nos corten la cabeza, pero es nuestra única posibilidad. Aunque nos encontremos con mil dragones en el camino, aquí sólo nos espera la muerte. ¡Andando!

El cimmerico corrió por la rampa con la agilidad de un mono y sólo se detuvo para ayudar a su compañera quien, a pesar de todo, se consideraba tan apta como un hombre para trepar por los aparejos de un barco o para escalar los acantilados de una costa.

Cruzaron la franja boscosa del peñasco y descendieron en silencio, si bien a Valeria le

parecía que su corazón hacía más ruido que un tambor. Oyeron unos sonoros gorgoteos provenientes de lo más profundo del bosque, que indicaban que el dragón estaba bebiendo en la laguna.

—En cuanto se haya llenado el estómago volverá —murmuró Conan—. Es posible que el veneno tarde horas en matarlo... si es que finalmente acaba con él.

Más allá del bosque, el sol comenzaba a hundirse en el horizonte, y la espesura se convertía en un lugar lleno de sombras oscuras y de formas borrosas. Conan cogió a Valeria por la muñeca y se deslizó silenciosamente entre los árboles con la rapidez de un felino.

—No creo que sea capaz de seguir nuestra pista, pero si el viento soplara ahora mismo en dirección al monstruo podría olerlos.

—¡Por Mitra, entonces que no sople el viento! —musitó Valeria.

Su rostro era un óvalo pálido en la penumbra. La mujer aferró la empuñadura de su espada con la mano libre, pero esto, extrañamente, la hizo sentirse más desamparada.

Aún se hallaban a cierta distancia del borde del bosque cuando escucharon chasquidos y crujidos a sus espaldas. Valeria se mordió los labios para no lanzar un grito.

—Está sobre nuestra pista —susurró la mujer con evidente temor.

El cimmerico movió negativamente la cabeza y dijo:

—No creo. Me parece que, al no oler nuestros cuerpos en la roca, está vagando por los alrededores para ver si encuentra nuevamente nuestro rastro. ¡Vamos! ¡Si no llegamos a la ciudad, estamos perdidos! Desgajará cualquier árbol al que nos subamos. ¡Con tal que no se levante viento...!

Echaron a correr hasta que los árboles comenzaron a escasear. Detrás, el bosque era un mar impenetrable de sombras, donde aún seguían escuchándose los amenazantes crujidos. El dragón, evidentemente, erraba ciego por el bosque, buscándoles.

—Ya tenemos la llanura aquí delante —dijo Valeria jadeando—. Un poco más y...

—¡Por Crom! —exclamó Conan.

—¡Por Mitra! —musitó Valeria.

Acababa de levantarse una brisa bastante intensa desde el sur.

Soplaba directamente sobre ellos y en dirección al bosque que se encontraba a sus espaldas. Un segundo después se oyó un tremendo rugido que hizo estremecer los árboles. Los ruidos se transformaron en un crujido cuando el dragón se dirigió como un huracán en línea recta hacia el lugar de donde llegaba el olor de los odiados enemigos que le habían infligido la dolorosa herida.

—¡Corramos más deprisa! —gritó el cimmerico con los ojos centelleantes como los de un lobo acorralado—. ¡Es lo único que podemos hacer!

Las botas de los marinos no están hechas para correr, ni los piratas se entrenan

demasiado en este menester. Por ello, al cabo de unos cien metros, Valeria jadeaba intensamente y corría más despacio, mientras que detrás de ellos el monstruo irrumpía entre los matorrales y salía a terreno abierto.

El robusto brazo de Conan casi levantó a la mujer del suelo cuando le rodeó la cintura. Los pies de Valeria apenas tocaron la hierba cuando fue llevada en una carrera mucho más veloz de lo que ella sola hubiera podido alcanzar. Si lograban evitar al monstruo durante algún tiempo más, tal vez variase la dirección del viento... Pero éste se mantuvo constante, y una rápida mirada por encima del hombro le permitió a Conan ver que el terrible animal se acercaba a ellos como una galera de guerra impulsada por un huracán. El cimmerico le dio un empujón a la mujer y la envió trastabillando a tres metros de distancia, donde cayó a los pies del árbol más cercano. En ese momento el bárbaro giró en redondo y se enfrentó con el monstruo.

Convencido de que allí le esperaba la muerte, el cimmerico actuó según sus instintos y arremetió contra el temible rostro que se cernía sobre él. Saltó con la fuerza de un gato salvaje y hundió su espada en las escamas que recubrían el enorme hocico. De inmediato un terrible impacto le envió rodando a unos diez metros de distancia. El bárbaro cayó maltrecho al suelo.

Conan se puso en pie aturdido, realizando un enorme esfuerzo de voluntad. Lo único que tenía en mente era que Valeria yacía indefensa cerca del espantoso reptil. Por ello volvió a levantarse con la espada en la mano y corrió hacia donde se encontraba la mujer.

Ésta todavía estaba en el mismo lugar adonde el bárbaro la había empujado, aunque empezaba a incorporarse. El monstruo no le había hecho ningún daño. Este, por el contrario, y ante el asombro de la pareja, pasó velozmente al lado de ambos sin prestarles la menor atención. Era evidente que aunque les había seguido con la ayuda de su olfato, ahora les olvidaba debido al sufrimiento de su terrible agonía. Durante su carrera, el saurio se precipitó contra el tronco de un enorme árbol que había en su camino. El impacto desgajó el árbol de raíz; sin duda, el cráneo del reptil se había hundido como consecuencia del tremendo golpe. El árbol y el animal cayeron juntos, y Conan y Valeria vieron, estremecidos, que las ramas y las hojas eran sacudidas por las convulsiones del monstruo al que cubrían, y luego se quedaban inmóviles.

El cimmerico ayudó a Valeria a ponerse en pie, y ambos avanzaron hacia la llanura sin árboles.

Conan se detuvo un instante y miró hacia atrás, en dirección al oscuro bosque que quedaba a sus espaldas. Allí no se movía ni una hoja, ni piaba un solo pájaro. En aquel bosque reinaba un silencio similar al del primer día de la creación.

—Vámonos —murmuró Conan, tomando a Valeria de la mano.

La ciudad parecía hallarse muy lejos del otro lado de la llanura; más lejos de lo que parecía desde lo alto del risco. El corazón de Valeria latía aceleradamente, produciéndole una intensa sensación de ahogo. A cada paso que daba esperaba oír el crujido de los

matorrales y temía que vería salir a otro terrible dragón. Pero ya nada turbaba el silencio del bosque.

Cuando se alejaron, Valeria respiró aliviada. Volvió a sentir confianza en sí misma. El sol acababa de ponerse y un manto oscuro cubría rápidamente la llanura. Las estrellas iban apareciendo poco a poco en el cielo, y los cactus parecían fantasmas.

—No hay ganado ni campos sembrados —murmuró Conan—. ¿De qué vivirá esta gente?

—Tal vez hayan recogido a los animales en los rediles durante la noche —sugirió la mujer—. Y quizá los campos estén al otro lado de la ciudad.

—Quizá —dijo Conan—, Pero yo no vi nada desde lo alto del risco.

La luna se asomó por detrás de la ciudad, recortando las murallas y las torres con su brillo plateado. Valeria se estremeció. El negro contorno que había alrededor del disco luminoso de la luna le daba a la ciudad un aire sombrío y siniestro.

Tal vez Conan pensaba lo mismo, pues se detuvo, miró a su alrededor y dijo:

—Detengámonos aquí. De nada valdría acercarnos a las puertas de la ciudad por la noche, pues probablemente no nos dejarán entrar. Además, necesitamos descansar y no sabemos cómo nos van a recibir. Unas horas de sueño nos pondrán en condiciones de luchar, o de salir corriendo si fuera necesario.

El cimmerico condujo a la mujer hasta un grupo de cactus que crecían en círculo —fenómeno habitual en los desiertos del sur—; se abrió paso con la espada entre las plantas y le hizo una seña a Valeria para que entrara.

—Aquí estaremos a salvo de las serpientes —le dijo.

Ella miró con recelo hacia la negra línea del bosque, que ya estaba lejos.

—¿Y si los dragones salieran de entre los árboles? —preguntó.

—Bien, haremos guardia por turnos —repuso el cimmerico, aunque no contestó con claridad a la pregunta de su acompañante.

Contempló la ciudad, que aún se hallaba bastante lejos. No se veía ninguna luz en las torres ni en los edificios que sobresalían por encima de las murallas. Era una negra masa de misterio que se recortaba como un enigma en el cielo iluminado por la luna.

—Acuéstate y duerme —dijo luego—. Yo montaré la primera guardia.

Valeria le miró indecisa, pero Conan se sentó con las piernas cruzadas delante de los cactus, de cara a la llanura, con la espada sobre las rodillas y dándole la espalda a la mujer.

Sin hacer más comentarios, ésta se echó sobre la arena que cubría el suelo del desierto.

—Despiértame cuando la luna esté alta sobre nuestras cabezas —le dijo Valeria.

El cimmerico no contestó ni se volvió hacia ella. Mientras la mujer se sumergía en un profundo sueño, su última visión fue la de la musculosa figura de Conan, inmóvil como

una estatua de bronce recortada contra la tenue luminosidad de las estrellas.

Capítulo 2

El fulgor de las gemas de fuego

Valeria se despertó con un estremecimiento, al ver que el gris amanecer se extendía sobre la planicie.

Se incorporó y se frotó los ojos. Conan estaba cortando una planta de cactus, y pelaba diestramente la piel y las espinas.

—No me despertaste —dijo ella—. ¡Me has dejado dormir toda la noche!

—Estabas muy cansada —repuso el cimmerico—. Y deben de dolerte las posaderas, después de una cabalgada tan prolongada. Los piratas no estáis habituados a andar a caballo.

—¿Y tú?

—Yo fui kozako antes que pirata —respondió Conan—. Y esa gente vive sobre la silla de montar. He dormido a ratos, como una pantera que espera junto al sendero el paso de un venado. Mis oídos se mantenían alerta mientras mis ojos dormían.

Lo cierto es que el gigantesco bárbaro parecía tan descansado como si hubiese dormido toda la noche sobre un lecho de plumas. Una vez que hubo quitado todas las espinas, le entregó a Valeria la jugosa hoja de cactus.

—Prueba esto —dijo—. Es un buen alimento y una bebida para el hombre del desierto. Yo fui jefe de los zuagires, unos nómadas que viven de saquear caravanas.

—¿Hay algo que tú no hayas sido? —le preguntó Valeria, en parte con burla y en parte con admiración.

—Sí. No he sido rey de un país hiborio —declaró él sonriendo, mientras masticaba el jugoso cactus—. Pero no pierdo la esperanza de llegar a serlo algún día. ¿Por qué no habría de ser rey?

Valeria movió la cabeza, asombrada de su audacia, y se dispuso a saborear la refrescante planta. Halló que su sabor era agradable y que saciaba su sed. Una vez terminado el frugal ágape, Conan se limpió las manos con arena, se puso en pie, se alisó la tupida melena y, ajustándose el cinturón de la espada, dijo:

—Bien, en marcha. Si la gente de esa ciudad nos va a cortar el cuello, más vale que lo

haga ahora, antes de que empiece a hacer calor.

El humor del cimmerico era un tanto sombrío, pero Valeria pensó que podía resultar profético. Ella también se ajustó el cinto del sable después de ponerse en pie. Los terrores nocturnos habían pasado, y los dragones rugientes del bosque eran como un sueño lejano. Su andar volvió a ser confiado cuando avanzó al lado de Conan. Fuesen cuales fueran los peligros que les esperaban, sus enemigos serían hombres. Y Valeria de la Hermandad Roja aún no había conocido a un hombre al que temiera.

Conan la miró de reojo, mientras ella caminaba a su lado con su andar tan peculiar.

—Andas más como un montañés que como un marino —dijo el cimmerico—. Debes de haber nacido en Aquilonia, ya que los soles de Darfar no llegaron a broncear tu blanca piel. Muchas princesas envidiarían la blancura de tu tez.

—Sí, nací en Aquilonia —repuso ella, que se había acostumbrado a los cumplidos de su compañero y ya no se irritaba.

Si se hubiera tratado de otro hombre en vez de Conan, Valeria se habría puesto furiosa por no haber sido despertada para hacer guardia, pues siempre se había negado a que le dieran ventajas por el solo hecho de ser mujer. Pero ahora sentía una secreta satisfacción al ser tratada así por aquel hombre. El cimmerico, además, no había tratado de aprovecharse de la situación propicia en la que se hallaban.

Después de todo —se dijo Valeria—, Conan no es un hombre corriente.

El sol comenzó a brillar sobre la ciudad, bañando las torres con un siniestro color carmesí.

—Anoche era negra a la luz de la luna —murmuró Conan con un gesto supersticioso—, y ahora es roja como la sangre, a causa del sol del amanecer. No me gusta nada esa ciudad.

Pero aun así, se dirigieron hacia ella, y, mientras avanzaban, Conan le hizo notar a Valeria que no había ningún camino que condujera a la población desde el norte.

—Ningún ganado ha salido a la llanura por esta parte de la ciudad —dijo—. Y no hay señales de que el arado tocase esta tierra en muchos años, o en siglos, quizá. Sin embargo, mira, en esta planicie existieron cultivos hace mucho tiempo.

Valeria observó las antiguas zanjas de regadío que él señalaba, y que se hallaban en parte llenas de agua y rodeadas de cactus. Ella frunció el ceño, mientras miraba con asombro el llano que se extendía en torno a la extraña ciudad, y que llegaba hasta el lejano bosque, formando un enorme círculo. La visión no llegaba más allá de aquel círculo.

La mujer lanzó una mirada inquieta a la ciudad y advirtió que en sus murallas no se veía brillo de cascos ni puntas de lanzas, y que no se oía el sonido de trompetas ni de voces de alerta. Un silencio tan denso como el que reinaba en el bosque se cernía sobre los gruesos muros y las puntiagudas torres.

El sol ya estaba en lo alto cuando se detuvieron ante la gran puerta de la muralla norte, bajo la sombra del macizo baluarte. El óxido cubría los refuerzos de hierro del

portón, y las telarañas brillaban tenuemente sobre las bisagras.

—¡Esto no ha sido abierto en muchos años! —exclamó Valeria.

—Es una ciudad muerta —dijo Conan con un gruñido—. Por eso las zanjas y los cultivos estaban abandonados.

—Pero ¿quien habrá vivido aquí? ¿Por qué abandonaron este lugar?

—Quién sabe. Tal vez fuera un grupo de fugitivos estigios. Sin embargo, no tiene aspecto de ser arquitectura estigia. Quizá los habitantes de la ciudad fueron exterminados por sus enemigos, o la peste acabó con ellos.

—En ese caso —dijo Valeria—, es posible que ahí dentro haya cuantiosos tesoros. Intentamos abrir la puerta y exploremos el interior.

Conan observó dubitativamente las enormes puertas, pero a pesar de ello apoyó su robusto hombro contra una de las jambas. Empujó con todas sus fuerzas, y el portón se abrió poco a poco hacia el interior con un intenso chirrido de goznes. El cimmerico se irguió y desenvainó la espada. Valeria miró sobre su hombro y lanzó una exclamación.

No estaban viendo una calle o un patio, como era de esperar. La puerta daba directamente a un enorme salón, cuyo extremo opuesto casi se perdía a lo lejos. Las dimensiones del recinto eran gigantescas, y el suelo estaba formado por unas extrañas baldosas rojas que parecían arder como si fueran llamas. Las paredes eran de un material verde y brillante.

—¡Si esto no es jade, yo soy shemita! —exclamó el cimmerico al tiempo que profería un juramento.

—¡Es imposible que haya tal cantidad! —objetó Valeria.

—He robado suficiente jade a las caravanas de Khitai para saber de qué estoy hablando —insistió el cimmerico—. ¡Te digo que es jade!

El techo era abovedado y estaba revestido de lapislázuli, con gemas verdes incrustadas, que brillaban con maléfico resplandor.

—Piedras de fuego verde —gruñó el cimmerico—. Así llaman a esas piedras preciosas las gentes de Punt. Se dice que son los ojos petrificados de reptiles prehistóricos, a los que los antiguos llamaban Serpientes Doradas. Brillan como los ojos de un gato en la oscuridad. Por la noche, esta sala debe de alumbrarse con esas gemas, pero es posible que la iluminación no resulte agradable. Echemos un vistazo por ahí. Podríamos dar con algún tesoro.

—Cierra la puerta —aconsejó Valeria—. Aún temo que venga algún otro dragón del bosque. Conan sonrió y dijo:

—No creo que los dragones se alejen del bosque.

A pesar de todo, accedió a lo que le pedía la mujer. Luego señaló el cerrojo interior y agregó:

—Me pareció haber oído un chasquido cuando empujé la puerta. Mira, el cerrojo se ha roto recientemente. El óxido lo había comido casi por completo y bastó con que yo empujara. Pero si la gente huyó de aquí, ¿cómo es que esta puerta está cerrada por dentro?

—Sin duda escaparían por otro lugar —arguyó, con acierto, Valeria.

La pareja se preguntó cuántos siglos habrían pasado desde que la luz del día se filtrara por última vez entre las hojas de la enorme puerta. Sin embargo, la luz del sol también llegaba a la habitación por otro conducto. Conan y Valeria vieron que en lo alto del techo abovedado había una especie de claraboyas hechas de un material cristalino. Entre éstas las gemas verdes refulgían como los ojos de gatos furiosos. El suelo que había bajo sus pies brillaba con los tonos cambiantes de la llama. Era como avanzar por el infierno, con unos astros malignos parpadeando en lo alto.

A cada lado del enorme salón había tres galerías con balaustradas, una encima de otra.

—Un edificio de cuatro pisos —murmuró el cimmerico—. Y esta sala se extiende hasta el techo. El recinto es tan largo como una calle. Creo ver una puerta al otro extremo.

Valeria se encogió y dijo:

—Tu vista es más aguda que la mía, aunque en ese aspecto yo tenía fama entre los piratas.

Se dirigieron hacia una puerta abierta y atravesaron una serie de habitaciones vacías, cuyo suelo era parecido al del salón. Las paredes también eran de jade, y en algunas partes de mármol o de calcedonia, con incrustaciones de oro, plata o bronce. En el techo también había piedras verdes. Los intrusos avanzaron como espectros por aquellas habitaciones de brillante suelo rojizo.

En algunas de las estancias no había ninguna luz, y el vano de las puertas era negro como la boca del infierno. Conan y Valeria evitaron aquellos lugares y se internaron tan sólo por las habitaciones iluminadas.

En las esquinas había numerosas telarañas, pero en cambio no se advertía polvo en el suelo ni en las mesas y sillas de mármol, jade o cornalina que llenaban algunas salas. Aquí y allá se veían alfombras de seda de Khitai, que era prácticamente indestructible. No había ninguna ventana o puerta que diera a la calle o a algún patio. Todas las aberturas daban a otra habitación o salón.

—¿No saldremos nunca a un lugar abierto? —musitó Valeria—. Este palacio, o lo que sea, es más grande que el harén del rey de Turan.

—Quienes vivían aquí no pudieron morir de peste —dijo el cimmerico mientras meditaba acerca del misterio de la ciudad abandonada—. En ese caso, habríamos encontrado esqueletos. Tal vez tuvieron miedo de algo y huyeron. Quizá...

—¡Al demonio con todo eso! —le interrumpió Valeria rudamente—. Nunca lo sabremos con certeza. Mira esos frisos. Representan figuras humanas. ¿A qué raza pertenecen?

Conan los miró y negó con la cabeza, al tiempo que respondía:

—Jamás he visto gente como ésa. Pero tienen algo oriental; parecen nativos de Vendhia o tal vez de Kosala.

—¿Acaso fuiste rey de Kosala? —preguntó ella en tono burlón, si bien no exento de curiosidad.

—No, pero sí fui jefe guerrero de los afghulis, que viven en los montes Himelios, más allá de las fronteras de Vendhia. Estas imágenes parecen corresponder a nativos de Kosala. Pero ¿por qué habrán construido una ciudad tan al oeste?

Las figuras representaban a hombres y mujeres esbeltos, de tez oscura y con facciones finamente modeladas y exóticas. Vestían amplias túnicas y usaban adornos cubiertos de joyas. Casi todos estaban en actitud de danzar, de comer o de hacer el amor.

—Todos éstos debieron de llevar una estúpida vida pacífica, pues no se ven escenas de guerra o de lucha —dijo Conan—. Ven, vamos a los pisos superiores.

Había una escalera de marfil que ascendía en espiral desde la habitación en la que se encontraban.

Subieron tres pisos y llegaron a una amplia estancia. Unas claraboyas que había en el techo iluminaban la sala, en la que también brillaban tenuemente las gemas verdes. Al mirar a través de otras puertas, vieron más salas iluminadas. Pero una de las puertas daba a una galería con balaustrada, que se abría sobre una sala mucho más pequeña que la que habían visto en el piso inferior.

—¡Maldición! —dijo Valeria, y tomó asiento con disgusto en un banco de jade—. La gente que vivía aquí debió de llevarse todos los tesoros consigo. Estoy cansada de vagar sin sentido por estos cuartos vacíos.

—Todas estas habitaciones parecen estar iluminadas —dijo el cimmerico—. Me gustaría encontrar una ventana que dé a la ciudad. Veamos qué hay detrás de esa puerta.

—Mira tú —repuso Valeria—. Yo me quedaré aquí a descansar un poco.

El cimmerico desapareció por la puerta que estaba enfrente de la que daba a la galería, y Valeria se recostó con las manos cruzadas en la nuca y las piernas extendidas. Aquellas silenciosas habitaciones y salas, con sus brillantes gemas verdes y sus ardientes suelos rojizos, comenzaban a disgustarle. Deseaba encontrar una salida hacia el exterior para abandonar, de una vez por todas, el laberinto por el que vagaban. Valeria se preguntó qué pies misteriosos y furtivos habrían pisado en los siglos pasados aquellos suelos brillantes, y qué hechos espantosos habrían contemplado aquellas piedras verdes incrustadas en lo alto.

Un ligero ruido interrumpió las reflexiones de Valeria. Antes de que se diera cuenta realmente de que algo le había llamado la atención, la audaz mujer ya estaba en pie y con la espada desenvainada. Conan aún no había regresado, y ella comprendió que no era él quien había producido aquel ruido.

El sonido procedía de algún lugar situado del otro lado de la puerta que se abría a la balconada. Valeria avanzó sin hacer el menor ruido, atravesó la puerta, llegó a la galería y

miró por encima de la balaustrada.

Un hombre avanzaba por la sala.

El hecho de ver a un ser humano en aquella ciudad que creían desierta causó en la mujer una profunda impresión. Valeria observó al desconocido, agazapada detrás de las columnas de piedra y con todos los nervios en tensión.

El hombre no se parecía en nada a las figuras de los frisos. Era algo más alto que el término medio y de tez muy oscura, aunque no era de raza negra. Su único atuendo era un estrecho taparrabo de seda y un cinturón de cuero de un palmo de ancho alrededor de la cintura. El largo cabello negro que le caía sobre los hombros le daba un aspecto salvaje. Era delgado, aunque sus brazos y piernas se veían musculosos, sin el menor vestigio de grasa que suavizase los contornos. Podría decirse que aquel individuo estaba hecho con una notable economía de medios que resultaba repelente.

Pero tanto en su apariencia física como en su actitud había algo que impresionó a la mujer. El hombre se detuvo súbitamente y, medio agazapado, volvió la cabeza en varias direcciones. Una daga que aferraba con la mano derecha tembló visiblemente a causa de las emociones que la atenazaban. Valeria comprendió que aquel desconocido tenía miedo, un miedo rayano en el terror. Cuando volvió la cabeza, la mujer pudo apreciar el brillo de la mirada del hombre entre los mechones de pelo negro.

Pero él no la vio. Atravesó la sala de puntillas y desapareció por una de las puertas abiertas. Poco después, Valeria escuchó un lamento ahogado y luego volvió a reinar el silencio en el edificio.

Llena la inquietud y curiosidad, la mujer avanzó por la galería hasta llegar a una puerta situada encima de aquella por la cual desapareciera el hombre. La puerta daba a un corredor más pequeño que rodeaba una amplia estancia. Esta habitación estaba en el tercer piso, y el techo no era tan alto como el de la sala que vieran al principio. Estaba iluminada únicamente con gemas, por lo cual la parte baja de la balconada estaba en sombras. Cuando hubo acostumbrado su vista a la penumbra, Valeria vio que el hombre aún se encontraba en el recinto. Pero estaba tendido boca abajo en el centro de la habitación. Tenía las extremidades flácidas y extendidas, y su daga se hallaba junto a él. Aquella inmovilidad le causó extrañez a Valeria, hasta que vio una mancha de color carmesí sobre el suelo, debajo del cuerpo. La mujer miró con atención hacia las sombras que llenaban el recinto, pero no pudo ver nada más. De repente apareció otro hombre, parecido al anterior, por una puerta que había al otro extremo de la sala. Los ojos del recién llegado brillaron al ver al otro en el suelo, y exclamó con voz agitada:—¡Chicmec! El otro no se movió. El segundo individuo avanzó rápidamente, se inclinó y cogió por un hombro al caído para volverlo hacia arriba. De entre sus labios escapó un grito ahogado cuando vio que la cabeza le colgaba inerte hacia atrás, permitiendo ver el cuello, que había sido cortado de oreja a oreja. El hombre dejó caer al cadáver sobre el suelo y se irguió de nuevo, temblando como una hoja al viento. Tenía el rostro ceniciento a causa de pavor. Ya había flexionado una pierna para escapar cuando se quedó repentinamente inmóvil, mirando al otro extremo de la habitación con los ojos desorbitados por el espanto. Entre las sombras que había debajo de la balconada comenzó a brillar una luz espectral, que no

era reflejo de la que producían las gemas verdes. Valeria sintió que se le erizaba el cabello al observar la escena. En el aire flotaba una calavera. Era un cráneo humano, aunque terriblemente deforme, y de él emanaba una luz fosforescente. Por momentos adquiría contornos definidos, y Valeria se dijo que, aunque la calavera pareciera de hombre, tenía de alguna manera un aspecto inhumano. El hombre seguía inmóvil, paralizado por el terror y mirando fijamente la aparición. Ésta se alejó de la pared, y una sombra grotesca se movió con ella.

Poco a poco pudo ver que la sombra tenía un cuerpo semejante al de un ser humano. Pero éste brillaba con un fulgor blanquecino, que parecía provenir de los huesos que había debajo. La calavera sonreía con una expresión siniestra, en medio de un halo luminoso y maligno. El hombre no era capaz de apartar los ojos de la espantosa aparición. Se habría dicho que estaba hipnotizado. Valeria comprendió que no era tan sólo una fuerza mental la que paralizaba al desconocido. También parecía intervenir el fulgor blanquecino, robándole parte de su energía vital e impidiéndole actuar. El horrendo espectro avanzó flotando hacia su víctima, y ésta finalmente se movió, pero sólo para dejar caer la daga y postrarse de rodillas mientras se tapaba los ojos con las manos. Aguardó sin decir palabra el golpe de la hoja que ahora brillaba en la mano del espectro, el cual se cernía sobre el hombre como la muerte triunfante. Valeria actuó según el primer impulso de su vehemente carácter. Con un salto felino saltó por encima de la balaustrada y se dejó caer al suelo, detrás del espectro. Éste giró en redondo al oír el golpe de las suaves botas contra el suelo. Pero mientras se volvía, la afilada hoja del sable de Valeria se abatió sobre él y traspasó su carne mortal. El espectro lanzó una exclamación de dolor y se desplomó con el pecho y el espinazo atravesados por la espada. Al caer, rodó por el suelo su luminosa calavera, dejando ver una melena canosa y un rostro contraído por el sufrimiento de la agonía. Detrás de aquella horrenda aparición había tan sólo un ser humano, un hombre parecido al que estaba arrodillado en el suelo. Finalmente, este último levantó los ojos al oír el golpe y el grito, y miró con expresión de infinito asombro a la mujer de piel blanca que se cernía sobre el cadáver con una espada chorreante en la mano. El hombre se puso en pie, tambaleándose y musitando lamentos como si el espectáculo le hubiera afectado la razón. Valeria se sorprendió al darse cuenta de que entendía lo que murmuraba el hombre. Se lamentaba en lengua estigia, aunque en un dialecto que no alcanzaba a comprender del todo.

—¿Quién eres? —le pregunto él—. ¿De dónde vienes? ¿Qué haces en Xuchotl?

Luego, sin dejar siquiera que ella le contestase, el desconocido agregó:

—De todas formas, eres una persona amiga. ¡Diosa o demonio, poco importa, ya que has matado a la Calavera Ardiente! ¡Y era un hombre, después de todo! Nosotros le considerábamos un demonio que *ellos* habían conjurado desde las catacumbas... Pero ¡escucha...! El hombre dejó de desvariar y, al quedar en silencio, se irguió como si hubiera estado escuchando con dolorosa intensidad. Valeria no alcanzaba a oír nada.

—¡Debemos darnos prisa! —murmuró él—. ¡Ellos están al oeste del Gran Salón y pueden llegar en cualquier momento...

!Cogió a Valeria por la muñeca con un gesto espasmódico, que ella no pudo eludir.

—¿Quiénes son *ellos*? —le preguntó la mujer.

El hombre la miró con asombro, como si no comprendiera que ella no lo supiera.

—¿*Ellos*? —dijo el hombre, y agregó tartamudeando— Son la gente de Xotalanc. La tribu del hombre al que mataste son los que viven en la puerta del este.

—Entonces, ¿esta ciudad está habitada? —preguntó Valeria sorprendida.

—¡Sí, por supuesto! —repuso él impaciente—. ¡Pero vámonos enseguida; debemos regresar a Tecuhltli!

—¿Dónde está eso? —preguntó Valeria.

—Es el barrio de la Puerta Occidental.

La cogió por la muñeca y la condujo hacia la puerta por la que él había aparecido. Grandes gotas de sudor le perlaban la frente, y sus ojos brillaban a causa del terror.

—Espera un momento —dijo ella, soltándose bruscamente—. No me pongas las manos encima, o te rompo la cabeza. Vamos a ver, ¿quién eres tú y adonde quieres llevarme?

El hombre miró con inquietud en todas direcciones y comenzó a hablar con tal rapidez que a veces se le trababa la lengua.

—Me llamo Techotl y procedo de Tecuhltli. Ese hombre que yace con la garganta cortada vino de las Salas del Silencio para tratar de tender una emboscada a alguno de los xotalancas. Pero nos separamos, y cuando vine aquí a buscarlo le encontré muerto. Le mató la Calavera Ardiente, lo sé, y me habría matado también a mí si tú no me hubieras salvado. Pero seguramente él no estaba solo. Es posible que hayan llegado otros individuos desde Xotalanc. ¡Hasta los dioses se estremecen ante la suerte de los hombres que ellos cogen vivos!

Al pensarlo se estremeció, y su piel se volvió más cenicienta aún. Valeria le miró desconcertada. Comprendía que tenía delante a una persona inteligente aunque trastornada.

La mujer se volvió hacia la calavera, que aún resplandecía en el suelo, y le acercó una de sus botas, cuando el hombre saltó hacia ella con un grito.

—¡No la toques! —exclamó—. ¡No la mires siquiera! ¡Te enloquecería! Sólo los brujos de Xotalanc conocen su secreto. Encontraron la calavera en las catacumbas, donde yacen los huesos de los terribles reyes que gobernaron Xuchotl en el oscuro pasado. El solo hecho de mirar esa calavera hiela la sangre y llena de agua el cerebro de la persona que no conoce su secreto. Tocarla significa locura y destrucción.

Ella le miró con el ceño fruncido. El hombre no le inspiraba confianza, con aquel cuerpo enjuto y sus rizos serpentinos. En sus ojos, detrás del brillo del espanto, asomaba una extraña luz que ella jamás había visto en la mirada de un ser humano en sus cabales. A pesar de todo, parecía saber muy bien lo que estaba diciendo.

—¡Ven! —suplicó mientras le tendía la mano, retirándola enseguida al acordarse de

las advertencias de Valeria—. Eres extranjera; no sé cómo habrás llegado hasta aquí, pero, seas diosa o demonio, ven en ayuda de Tecuhltli y tendrás una respuesta a todo lo que me has preguntado. Sin duda llegaste desde el otro lado del bosque, de donde vinieron nuestros antepasados. Pero eres nuestra amiga, porque de lo contrario, no habrías matado a nuestro peor adversario. ¡Vámonos enseguida, antes de que nos encuentren los xotalancas y nos maten!

Valeria miró la calavera que arrojaba una luz siniestra sobre el cadáver del enemigo. Era como las calaveras de las pesadillas, claramente humanas, pero con algunas deformidades inquietantes. Seguramente el dueño de aquel cráneo había tenido un aspecto monstruoso en vida. ¿Vida? Sí, la calavera parecía tener vida propia. Sus mandíbulas se abrían y se cerraban con chasquidos. El fulgor se hacía cada vez más intenso y vivido, al tiempo que aumentaba también la sensación de pesadilla. Era un sueño... Toda la vida era sueño... La voz de Techotl sacó a Valeria del hondo abismo en el que estaba cayendo.

—¡No mires esa calavera! ¡No lo hagas!

La voz parecía provenir de lejanías insondables. Valeria se estremeció y sacudió la melena como un león. Su visión se aclaraba por momentos.

—En vida albergó el cerebro de un rey de brujos —le decía ahora Techotl—. ¡Pero aún conserva la vida y el fuego mágico de los espacios siderales!

Al tiempo que profería una maldición, Valeria saltó como una pantera y asestó un mandoble al blanco cráneo, que crujió y saltó en pedazos. En algún lugar de la habitación, o de un sitio impreciso, una voz inhumana aulló expresando infinita ira y dolor.

Techotl comenzó a gritar:

—¡La has destrozado! ¡La has destruido! ¡Ni la magia negra de Xotalanc podrá reconstruirla! ¡Ahora vámonos, pronto!

—No puedo irme —protestó ella—. Hay un amigo mío cerca de aquí...

La mirada de espanto del hombre hizo que Valeria se callara repentinamente. La mujer miró a su alrededor y vio a cuatro hombres que entraban por otras tantas puertas, convergiendo hacia la pareja que se hallaba en el centro de la habitación.

Los cuatro eran como los otros dos que Valeria había visto. Tenían las mismas extremidades delgadas, la misma melena negra y lacia, la misma mirada extraviada en sus grandes ojos. Iban armados y vestidos como Techotl, pero todos llevaban una calavera blanca pintada en el pecho.

No hubo amenazas ni gritos de guerra. Los hombres de Xotalanc saltaron hacia el cuello de sus enemigos como tigres sedientos de sangre. Techotl les hizo frente con la furia que da la desesperación. Esquivó la espada de uno de los atacantes y se aferró a él para arrojarlo al suelo, donde ambos rodaron y lucharon en tenso silencio.

Los otros tres se abalanzaron sobre Valeria, con los ojos rojos como los de los perros rabiosos.

La mujer mató al primero antes de que pudiera atacarla. La larga espada recta de

Valeria le hundió el cráneo cuando el atacante levantaba ya su propia arma. Luego paró el golpe y esquivó otro. Sus ojos brillaban y sus labios sonreían implacables. Volvía a ser Valeria de la Hermandad Roja, y el silbido de su hoja de acero era como un himno nupcial para sus oídos.

La espada de Valeria rebasó una hoja que había pretendido parar el golpe y se hundió en un vientre cubierto por un taparrabo de cuero. El hombre jadeó en su agonía y cayó de rodillas. Pero su alto compañero se abalanzó en silencio sobre Valeria y descargó una lluvia de golpes con tal furia que la mujer no fue capaz de contraatacar. Ella retrocedió fríamente, parando las estocadas y en espera de una ocasión para devolver los golpes. El adversario no podía mantener por mucho tiempo el ritmo de su ofensiva. Se le cansaría el brazo o le traicionarían los pulmones. Entonces, la hoja de Valeria le atravesaría el corazón. Una mirada de reojo le permitió ver a Techotl inclinado sobre el pecho de su enemigo, tratando de liberar las muñecas para asestarte una cuchillada.

La frente del hombre estaba cubierta de sudor y sus ojos denotaban el esfuerzo al que estaba sometido. Por más que atacara con denuedo, no pudo romper la guardia de su adversaria. Su respiración se hizo agitada e irregular, y sus golpes comenzaron a debilitarse. Valeria dio un paso atrás para atraerlo, y en aquel mismo momento sintió que alguien le aferraba las piernas con brazos férreos. Se había olvidado del hombre herido que estaba en el suelo.

Estaba arrodillado y, mientras su compañero lanzaba un grito triunfal, el herido mordió a Valeria salvajemente en un muslo. El xotalanca de elevada estatura saltó, golpeando con todas sus fuerzas y su enorme furia. Ella paró el golpe con gran dificultad y levantó los ojos, observando las chispas que habían saltado con el impacto de los dos sables.

La espada enemiga se alzó una vez más; esta vez, Valeria se creyó perdida, pues estaba casi inmovilizada por el otro contrincante. En aquel momento, una forma gigantesca se cernió sobre el xotalanca, y su grito triunfal se interrumpió en seco. El hombre se tambaleó y cayó al suelo con el cráneo destrozado.

—¡Conan! —exclamó Valeria jadeando.

Con un rápido movimiento, la mujer se volvió hacia su enemigo, que aún la sujetaba con fuerza. Lo cogió por la larga melena. La espada de Valeria brilló en el aire, y el cuerpo decapitado del adversario se derrumbó encima del de su compañero.

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —preguntó el cimmerico, avanzando con la espada en la mano.

Techotl se incorporó; a su lado se hallaba el último xotalanca, que aún se retorció en los últimos estertores de agonía. Su daga goteaba sangre, y Conan comprendió que no era enemigo. El hombre tenía una herida profunda en un muslo y miró al cimmerico con recelo.

—¿Qué significa esto? —volvió a preguntar Conan, que aún no se había recuperado de la sorpresa de encontrar a Valeria en una lucha salvaje con aquellos hombres, en una ciudad que él había creído deshabitada.

Al regresar de su infructuosa exploración por el piso superior, había visto que Valeria no se hallaba en la habitación en la que la había dejado, y le había bastado con seguir el ruido de la pelea.

—¡Cinco perros muertos! —exclamó Techotl con un salvaje aire de triunfo—. ¡Cinco clavos rojos para la columna negra! ¡Gracias, dioses de la sangre!

El hombre levantó sus manos temblorosas y luego, con una expresión demoníaca, escupió sobre los cadáveres y les golpeó el rostro con los pies, mientras danzaba de un modo estremecedor. Sus nuevos aliados le miraban con asombro, y Conan le preguntó a Valeria en lengua aquilonia:

—¿Quién es este loco?

La mujer se encogió de hombros y repuso:

—Dice llamarse Techotl. Por lo que ha dicho, deduzco que su gente habita en un extremo de esta increíble ciudad, mientras que estos vivían al otro extremo. Tal vez sea conveniente que vayamos con él. Parece amistoso, y resulta fácil ver que la otra tribu no lo es.

Techotl había dejado de bailar y escuchaba de nuevo con la cabeza vuelta de lado, como los perros.

—¡Vámonos ya! —murmuró—. ¡Hemos hecho bastante matando a cinco malditos demonios! Mi gente os recibirá muy bien y os colmará de honores. Venid, Tecuhltli queda lejos, y en cualquier momento pueden llegar los xotalancas en número excesivo para nuestras espadas.

—Está bien, guíanos —dijo el cimmerico con un gruñido.

Techotl subió por la escalera que llevaba a la galería y les hizo una señal para que le siguieran. Luego cruzaron una puerta que se abría hacia el oeste y avanzaron por numerosas habitaciones, todas ellas iluminadas por claraboyas o por gemas verdes.

—No acabo de entender qué clase de edificio es éste —le dijo Valeria en voz baja al cimmerico.

—En cambio, yo sí he visto a este tipo de hombres con anterioridad —repuso Conan—. Habitan en las orillas del lago Zuad, cerca de la frontera con Kush. Son una especie de mestizos estigios, mezclados con otra raza que llegó a Estigia por el este hace algunos siglos y que fue asimilada por los nativos del país. Son tlazitlanos. Pero estoy seguro de que ellos no construyeron esta ciudad.

El temor de Techotl no pareció disminuir cuando se alejaron de la habitación en la que yacían los muertos. Seguía volviendo la cabeza en todas direcciones para captar los sonidos de presuntos perseguidores, y miraba con angustia cada puerta que iba dejando atrás.

Valeria se estremeció involuntariamente. No le temía a ningún hombre, pero el brillo del suelo y de las piedras preciosas que resplandecían en lo alto, así como el incontrolable terror que demostraba su guía, le habían transmitido una sensación de peligro misterioso e

inhumano.

—¡Podríamos encontrarlos en el camino a Tecuhltli! —susurró el hombre súbitamente—. Debemos tener cuidado para no caer en una emboscada.

—¿Por qué no salimos de este condenado palacio y vamos por la calle? —preguntó Valeria.

—No hay calles en Xuchotl —repuso el hombre—. No hay plazas ni patios. Toda la ciudad está construida como un gigantesco palacio bajo un enorme techo. Lo más parecido a una calle es la Gran Sala, que atraviesa la ciudad desde la puerta norte a la del sur. Las únicas puertas que se abren al mundo exterior son las de las murallas; ningún hombre ha pasado a través de ellas en cincuenta años, con excepción de vosotros.

—¿Desde cuándo vivís aquí? —preguntó Conan.

—Yo nací en este castillo hace treinta y cinco años, y jamás he puesto un pie fuera de la ciudad. Pero ¡por todos los dioses, guardemos silencio! ¡Estas salas pueden estar llenas de demonios al acecho! Olmec os contará todo cuando lleguemos a Tecuhltli.

Así pues, continuaron deslizándose sin hacer ruido por aquellas habitaciones, cuya fulgurante penumbra hacía pensar a Valeria que vagaban por el infierno, guiados por un ser demoníaco de piel oscura y largos cabellos.

Pero fue Conan quien les hizo detenerse cuando cruzaban una de las enormes salas. Sus oídos, habituados a la vida en el bosque y en la montaña, eran más sensibles aún que los de Techotl.

—¿Crees que puede haber enemigos esperando para tendernos una emboscada? —preguntó.

—Vagan por estas salas a todas horas —respondió Techotl—, y lo mismo hacemos nosotros. Las habitaciones y las salas que se encuentran entre Tecuhltli y Xotalanc son tierra de nadie, una zona en disputa. Las llamamos las Salas del Silencio. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque hay hombres en las habitaciones de delante —repuso el cimmerico—. Puedo oír el ruido del acero al rozar contra la piedra.

El hombre, que había palidecido, volvió a estremecerse.

—Tal vez sean tus amigos —sugirió Valeria.

—No debemos arriesgarnos —dijo Techotl con la respiración agitada y avanzando febrilmente.

Se volvió a un lado y entró por una habitación en la que había una escalera de mármol que llevaba hacia abajo, en medio de la oscuridad.

—Esto conduce a un pasillo oscuro que hay debajo —dijo Techotl con un murmullo, mientras su frente se llenaba de sudor—. También pueden estar ahí, pero debemos correr el riesgo, ya que es más probable que se encuentren en las otras habitaciones. ¡Vamos, deprisa!

Bajaron por la escalera con la rapidez de los fantasmas, hasta llegar a la boca de un corredor oscuro como la noche. Se agazaparon allí durante un momento, tratando de oír algún ruido, y luego se internaron en el pasillo. Mientras avanzaban, Valeria sintió un escalofrío; temía recibir una estocada en cualquier momento. Notó la mano de Conan aferrándola por un brazo, lo que le dio más confianza. La oscuridad era absoluta, y el pasillo parecía interminable.

De repente se quedaron inmóviles al oír un ruido a sus espaldas. Se había abierto una puerta y sintieron que unos hombres entraban en el corredor. Valeria tropezó con lo que parecía una calavera, que rodó produciendo un ruido siniestro.

—¡Corred! —exclamó Techotl con voz agitada, y avanzó por el pasillo como un fantasma.

Valeria notó que Conan la tomaba otra vez por la cintura y la ayudaba a escapar. El cimmerico no veía más que ella en la oscuridad, pero una especie de sexto sentido hacía que no se equivocara. Mientras tanto, oyeron detrás de ellos unos pasos rápidos que se acercaban cada vez más. De repente Techotl dijo:

—¡Aquí está la escalera! ¡Seguidme rápido, por todos los dioses!

Valeria se sintió levantada en vilo entre Techotl y Conan al subir las escaleras, y advirtió que los enemigos les seguían a muy poca distancia. Y los sonidos no eran todos de pies humanos.

Algo trepaba retorciéndose por los peldaños; algo que reptaba y chasqueaba, helando el aire a su alrededor. Conan dio una estocada con su sable y sintió que la hoja atravesaba una sustancia que bien podría haber sido carne y hueso. Algo le rozó el pie y se lo dejó helado; el cimmerico sintió un azote y un golpe estremecedor, y enseguida se oyó el grito de agonía de un hombre.

Un momento después, Conan terminaba de subir la escalera y pasaba por una puerta que se abría en la semipenumbra.

Valeria y Techotl ya se encontraban allí, y este último cerró la puerta y corrió un cerrojo en cuanto hubo pasado el cimmerico. Era el primer cerrojo que Conan veía desde que dejaran atrás la gran puerta de la muralla.

Inmediatamente echaron a correr a través de la sala a la que habían llegado, y al cruzar la puerta del lado opuesto, Conan miró hacia la anterior y vio que el cerrojo era golpeado por quienes venían detrás.

Aunque Techotl no aflojara el ritmo de su carrera, ya parecía más sereno. Tenía el aspecto del hombre que se encuentra en terreno conocido, cerca de gente amiga.

Pero Conan volvió a asustarlo terriblemente cuando le preguntó:

—¿Qué era eso que encontré en la escalera, Techotl?

—Los hombres de Xotalanc —repuso el aludido—. Ya te dije que terminaríamos por encontrarles.

—Aquello no era un hombre; era algo que reptaba y resultaba frío como el hielo al tacto. Creo que le hice un tajo con la espada. Cayó hacia atrás, sobre los hombres que nos seguían, y con seguridad mató a uno de ellos en los espasmos de la agonía.

Techotl le miró con los ojos desorbitados por el miedo, y aceleró la marcha.

—¡Era el Trepador! ¡Un monstruo que ellos trajeron de las catacumbas para que les ayudara! No sabemos exactamente lo que es, pero encontramos a algunos de nuestros hombres muertos de forma horrible. ¡En nombre de Set, daos prisa! Si encuentra nuestro rastro, nos seguirá hasta las mismas puertas de Tecuhltli.

—Lo dudo —dijo el cimmerico—. Creo que maté a esa cosa que estaba en la escalera.

—¡Deprisa, deprisa! —exclamaba Techotl.

Corrieron a través de una serie de habitaciones iluminadas por las gemas verdes y se detuvieron ante una gigantesca puerta de bronce.

Entonces Techotl dijo:

—¡Estamos en Tecuhltli!

Capítulo 3

La gran disputa

Techotl golpeó en la puerta con el puño cerrado y luego se volvió para mirar hacia atrás.

—Muchos de nuestros hombres han muerto delante de esta misma puerta, cuando ya se creían a salvo —dijo.

—¿Por qué no nos abren? —preguntó Conan.

—Nos están mirando a través del Ojo —dijo Techotl—, Sin duda les extraña vuestra presencia.

A continuación el hombre levantó la voz y dijo:

—¡Abre, Excelan! ¡Soy yo, Techotl, y estoy con unos amigos que vienen de más allá del gran bosque!

—Será mejor que nos abran pronto —dijo el cimmerico con tono sombrío—. Oigo algo que se arrastra por el suelo más allá de la sala.

Techotl palideció y comenzó a golpear con fuerza la puerta, al tiempo que gritaba:

—¡Abrid la puerta, condenados! ¡El Trepador viene hacia nosotros!

Entonces, la enorme hoja de bronce se abrió sin hacer ruido, dejando ver una pesada cadena que cruzaba la entrada, sobre la cual había numerosas lanzas y rostros de expresión amenazadora. Luego dejaron caer la cadena, Techotl cogió a sus nuevos amigos por el brazo y les arrastró hacia el interior. Una mirada por encima del hombro cuando la puerta se cerraba le permitió a Conan ver, al otro lado de la sala en semipenumbra, una cosa con forma de ofidio que avanzaba retorciéndose, con la repugnante cabeza manchada de sangre en el aire. En aquel momento la gran puerta de bronce se cerró tras el cimmerico.

Una vez dentro de la habitación, se volvieron a correr los cerrojos y la cadena fue colocada en su lugar. La puerta estaba construida como para resistir los embates de un asedio. Cuatro hombres se hallaban de guardia; eran delgados y de tez oscura, como Techotl. Empuñaban lanzas y de sus cintos colgaban espadas. En la pared próxima a la puerta había una completa serie de espejos que, según supuso Conan, debía de ser el Ojo que Techotl había mencionado. Estaban dispuestos de tal modo que a través de unas rendijas del muro podía verse perfectamente el exterior sin que desde allí se viera a quienes estaban dentro. Los cuatro centinelas miraban llenos de asombro a los dos forasteros, pero no hicieron ninguna pregunta ni interrogaron a Techotl. Éste pareció plenamente confiado una vez que hubo franqueado la entrada.

—Venid —les dijo a sus nuevos compañeros, pero Conan miró hacia la puerta.

—¿Qué hay de los individuos que nos seguían? —preguntó—. ¿No intentarán echar abajo la puerta?

Techotl hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Saben muy bien que no pueden hacer nada contra la Puerta del Águila. Lo que harán será regresar a Xotalanc, junto con su repugnante amigo. Y ahora, os voy a llevar ante los gobernantes de Tecuhltli.

Uno de los centinelas abrió la puerta opuesta a la de bronce y pasaron a un corredor iluminado asimismo por claraboyas y por gemas verdes. Pero a diferencia de las habitaciones que habían visto hasta entonces, aquel pasillo daba la impresión de pertenecer a un recinto habitado. Tapices de terciopelo cubrían las verdes paredes de jade, y sobre el suelo de color carmesí se veían gruesas alfombras. También había bancos y divanes de marfil, cubiertos con cojines de seda.

El enorme pasillo terminaba en una puerta tallada, delante de la cual no había ningún centinela. Sin más ceremonias, Techotl abrió la puerta y condujo a sus amigos hasta una gran habitación, en la que habría unos treinta hombres y mujeres de piel oscura recostados sobre unos divanes. Todos se pusieron en pie, gritando exclamaciones de asombro.

Los hombres, con excepción de uno, eran parecidos a Techotl. Las mujeres también tenían la tez oscura y ojos extraños, y eran de una gran belleza exótica. Vestían unas faldas muy cortas y corpiños de seda dorada, y calzaban sandalias. Sus negras cabelleras, cortadas en forma recta, les caían sobre los hombros desnudos y estaban sujetas con cintas de plata.

En una otomana de marfil, sobre un estrado de jade, se hallaban un hombre y una mujer que diferían sutilmente de los demás. Él era un gigante de torso enorme y espaldas de toro. A diferencia de los otros, tenía una espesa barba negra que le llegaba casi hasta la cintura. El corpulento personaje vestía una túnica de color púrpura que cambiaba de matiz con cada movimiento. En la cinta que recogía sus cabellos brillaban numerosas piedras preciosas.

La mujer que estaba a su lado se había puesto de pie después de proferir una exclamación, al igual que los demás. Después de mirar a Conan, se fijó con ardiente intensidad en Valeria. Era alta y esbelta; la más hermosa de todas las mujeres que se hallaban en el salón. En lugar de la breve falda, llevaba una ancha banda de seda dorada por delante, y otra igual por detrás. Ambas le llegaban a la altura de las rodillas. Tanto esta tela como la cinta del pelo estaban adornadas con piedras preciosas. Sus ojos, a diferencia de los de otros de su raza, no tenían la misma expresión delirante. No dijo una sola palabra después de su exclamación. Tan sólo permaneció en actitud tensa, con las manos crispadas, observando a Valeria.

El hombre que estaba en la otomana de marfil se había puesto en pie.

—Príncipe Olmec —dijo Techotl, después de inclinarse con los brazos extendidos y las palmas de las manos vueltas hacia arriba—. Te traigo unos aliados que vienen de allende el bosque. En la Sala de Tezcotl, la Calavera Ardiente dio muerte a Chicmec, mi compañero...

—¡La Calavera Ardiente...!Un rumor temeroso estremeció a la gente de Tecuhltli.

—Así es. Entonces llegué yo y encontré a Chicmec tendido en el suelo, con el cuello cortado. Antes de que pudiera huir, la Calavera Ardiente vino hacia mí, y cuando la miré, mi sangre se convirtió en agua y la médula de los huesos se me heló. No podía pelear ni huir, y sólo esperaba el golpe mortal. Entonces llegó esta mujer de piel blanca y atacó a la Calavera Ardiente con la espada. ¡Entonces pude comprobar que se trataba tan sólo de un maldito xotalanca con la piel cubierta de pintura y la calavera de un antiguo brujo sobre la cabeza! ¡Ahora la Calavera está hecha pedazos, y el perro que la llevaba yace muerto en el lugar!

El narrador había terminado con fiereza su frase y suscitó nuevas exclamaciones de asombro en los presentes.

—Pero hay más —dijo Techotl—. Mientras yo hablaba con esta mujer, cuatro xotalancas nos atacaron. Yo maté a uno., aquí veis esta herida en la pierna, lo que demuestra la lucha desesperada que tuvo lugar. La mujer mató a otros dos. Pero estábamos en una situación muy comprometida cuando llegó este hombre y le hendió el cráneo al cuarto enemigo. ¡Sí, cinco clavos rojos serán clavados en la columna de la venganza!

Techotl señaló entonces una columna de ébano que se alzaba junto al estrado. Cientos de puntos rojos cubrían su pulida superficie Eran otros tantos clavos rojos hundidos en la negra madera.

—¡Cinco clavos rojos por cinco vidas de xotalancas! —gritó de nuevo el hombre con voz inhumana.

—¿Quiénes son estos extranjeros? —preguntó Olmec, y su voz parecía el eco de un trueno en la distancia.

—Yo soy Conan el Cimmerio —repuso el bárbaro escuetamente—, y esta mujer es Valeria de la Hermandad Roja, una pirata de Aquilonia. Hemos desertado de un ejército acampado en las fronteras de Darfar, muy al norte, e intentábamos llegar a la costa.

La mujer que se hallaba en el estrado habló en voz alta y apresurada.

—¡Jamás llegaréis a la costa! —exclamó—. ¡Nadie se marcha de Xuchotl! ¡Pasaréis el resto de vuestras vidas en esta ciudad!

—¿Qué dice esta mujer? —preguntó Conan fieramente, avanzando hacia el estrado con la mano en el puño de la espada—. ¿Quiere decir que somos prisioneros?

—No quiso decir eso —dijo Olmec—. Os consideramos amigos nuestros y no os obligaremos a quedaros contra vuestra voluntad. Pero me temo que existen otras razones que hacen imposible que os marchéis de Xuchotl.

Sus ojos contemplaron a Valeria y enseguida apartó la mirada.

—Esta mujer que me acompaña es Tascela —agregó—, princesa de Tecuhltli. Pero, un momento; que traigan de comer y de beber a nuestros invitados. Seguramente estarán hambrientos y cansados después del largo viaje.

Olmec señaló una mesa de marfil y, después de intercambiar algunas miradas, Conan y Valeria tomaron asiento. El cimmerico se mostraba receloso. Sus fieros ojos azules recorrían la habitación y no alejaba la mano de la espada. Pero nunca rechazaba una invitación a comer y a beber. Miró por un segundo a Tascela, pero ésta sólo tenía ojos para Valeria.

Techotl, que se había puesto una venda de seda sobre la herida de la pierna, se sentó junto a sus amigos; era evidente que consideraba un privilegio el hecho de atenderlos en todo lo que desearan. Para infundirles confianza, probó cada uno de los manjares y de las bebidas que trajeron antes de colocarlos delante de los invitados. Mientras comían, Olmec permaneció en silencio, recostado en su otomana de marfil, observándoles por entre sus espesas cejas negras. Tascela se hallaba junto a él, con la cabeza apoyada en las manos, y los codos sobre las rodillas. Sus enigmáticos ojos no se apartaban de la blanca silueta de

Valeria. Detrás de la princesa estaba sentada una hermosa muchacha de aire sombrío, que daba aire a la mujer con un enorme abanico de plumas de avestruz.

La comida consistía en una buena cantidad de frutos exóticos y desconocidos para los viajeros, de exquisito sabor. La bebida era un vino ligero de color carmesí con saborcillo picante.

—Venís de muy lejos —dijo Olmec—. Lo sé porque he leído los libros de vuestros antepasados. Aquilonia se encuentra más allá de las tierras de los estigios y de los shemitas, más allá de Argos y de Zingara. Y en cuanto a Cimmericia, se halla aún más lejos que Aquilonia.

—Ambos somos aventureros errantes —dijo el cimmericio con aire despreocupado.

—Lo que me asombra es que hayáis podido atravesar el gran bosque —continuó Olmec—. En tiempos pasados, ni mil guerreros podían abrirse paso impunemente a través de tantos peligros.

—Encontramos un monstruo del tamaño de un elefante —dijo Conan mientras le tendía su vaso a Techotl, que lo llenó con evidente satisfacción—. Una vez lo matamos, no tuvimos más inconvenientes.

El vaso de vino cayó de las manos de Techotl y fue a estrellarse contra el suelo. Una vez más, palideció. Olmec hizo el gesto de incorporarse; parecía la representación viva del asombro. Los demás lanzaron una exclamación de temor. Algunos cayeron de rodillas, pues, al parecer, sus piernas no eran capaces de sostenerles. Tan sólo Tascela parecía no haber oído nada. Conan miró a su alrededor desconcertado.

—¿Qué ocurre? ¿Qué os inquieta? —preguntó.

—¿Has... has matado al dios dragón?

—¿Dios? Lo que yo he matado era un dragón. No podía hacer otra cosa, ya que el animal quería devorarnos.

—¡Pero los dragones son inmortales! —exclamó Olmec—. ¡Se pueden matar entre ellos, pero ningún hombre es capaz de aniquilarlos! ¡Nuestros antepasados guerreros que se abrieron paso hasta Xuchotl no pudieron vencerlos! ¡Sus espadas se quebraban como ramitas contra sus escamas!

—Si a vuestros antepasados se les hubiera ocurrido empapar sus lanzas en el jugo venenoso de las Manzanas de Derketa —afirmó Conan con la boca llena—, para luego hundirlas en la boca o en los ojos de los dragones, habrían comprobado que no son más inmortales que un carnero. Los restos del animal se encuentran en el límite del bosque. Si no me creéis, no tenéis más que ir a verlo.

Olmec sacudió la cabeza, no con incredulidad, sino con admiración.

—Fue precisamente por culpa de los dragones —manifestó Olmec— que nuestros antepasados se refugiaron en Xuchotl. No osaron volver a pasar la llanura para internarse de nuevo en el bosque. Muchos de ellos fueron atrapados y devorados por los monstruos antes de que pudieran llegar a la ciudad.

—¿Eso quiere decir que vuestros antepasados no construyeron Xuchotl? —preguntó Valeria.

—Ya era muy antigua cuando ellos llegaron aquí. Ni siquiera sus habitantes de entonces, una raza decadente, conocían su verdadera antigüedad.

—¿Procedía tu gente del lado Zuad? —preguntó el cimmerico.

—Así es. Hace ya más de medio siglo, una tribu de tlazitlanos se rebeló contra el rey de Estigia y, después de ser derrotados en el combate, huyeron hacia el sur. Erraron durante varias semanas por las praderas, los desiertos y las montañas. Y por último llegaron hasta el gran bosque. Eran mil guerreros con sus mujeres e hijos. Una vez en el bosque —prosiguió Olmec—, los dragones les atacaron y devoraron a muchos de ellos. Los demás huyeron, y por último llegaron a la planicie, en cuyo centro divisaron la ciudad de Xuchotl. Los habitantes de la ciudad cerraron las puertas de las murallas exteriores —siguió diciendo—. Los nuestros acamparon delante de la población sin atreverse a abandonar la llanura, pues durante la noche escuchaban el temible ruido de los monstruos luchando en el bosque entre sí. Afortunadamente, los dragones no salieron a la planicie. Al acercarse nuestros hombres a las puertas —continuó—, los habitantes de Xuchotl arrojaron una lluvia de flechas sobre nuestra gente. Éstos se hallaban cercados en el llano, como si el bosque hubiera sido una enorme muralla, ya que internarse en la espesura habría sido una insensatez. Aquella noche —agregó— llegó al campamento, en secreto, un esclavo procedente de la ciudad. Éste era de la misma sangre que mis antepasados. Mucho antes había atravesado el bosque con algunos compañeros, todos los cuales habían sido devorados por los dragones. Al llegar a la ciudad, fue reducido a la esclavitud. Se llamaba Tolkemec.

Algunos de los presentes murmuraron algo al oír aquel nombre, y escupieron con desdén.

—Tolkemec prometió abrir las puertas a nuestros guerreros —siguió diciendo Olmec—. Tan sólo pidió que le fueran entregados los prisioneros enemigos que se tomaran. Al amanecer abrió las puertas. Los guerreros irrumpieron en la ciudad, y las salas se cubrieron de sangre. Aquí sólo vivían unos cientos de personas, descendientes degenerados de la que fuera una gran raza. Tolkemec dijo que habían llegado de Oriente mucho tiempo atrás. Procedían de la antigua Kosala y fueron expulsados de esa tierra por los que ahora habitan en ella. Se dirigieron hacia el oeste, y finalmente encontraron esta llanura rodeada de bosques y habitada por una tribu de negros.

»Esclavizaron a los negros y empezaron a construir la ciudad —continuó—. De los montes que hay al este trajeron jade, mármol, lapislázuli, oro, plata y cobre. Manadas de elefantes les proporcionaron el marfil. Cuando la ciudad estuvo construida, dieron muerte a todos los esclavos negros. Sus brujos lanzaron terribles hechizos para proteger la ciudad. De este modo, con artes nigrománticas, resucitaron a los dragones antediluvianos que habían habitado en aquellos parajes y cuyos enormes huesos hallaron en el bosque. Dotaron a esos huesos de carne y de vida, y los monstruos volvieron a andar por la tierra como en el albor de los tiempos. Pero los brujos obligaron a los dragones a quedarse en el bosque, sin salir a la planicie. De este modo —prosiguió—, la gente de Xuchotl pudo

habitar en la ciudad, labrando la fértil llanura hasta que sus sabios aprendieron a cultivar plantas en el interior de la ciudad. Se trataba de plantas que no necesitaban tierra, sino que obtenían el sustento del aire. Así quedaron secas las acequias y más tarde se deterioraron por completo.

»Luego llegaron nuestros antepasados, cuando los constructores de Xuchotl se hallaban ya en plena decadencia. No sabían pelear con la espada ni con artes mágicas. Mis antepasados les mataron a todos menos a un centenar, que entregaron a Tolkemec, según lo pactado. Éste había sido su esclavo. Durante muchos días y noches resonó en los muros de las salas el eco de agonía de aquellos hombres sometidos al tormento.

»Así —agregó—, los tlazitlanos habitaron aquí en paz durante un tiempo, gobernados por los hermanos Tecuhltli y Xotalanc, así como por Tolkemec. Éste tomó por esposa a una muchacha de la tribu. Debido a que había abierto las puertas de la ciudad y además conocía muchas de las artes de los xuchotlas, compartió el gobierno de la tribu con los hermanos que habían dirigido la rebelión y la lucha en tierras lejanas.

»Por consiguiente —concluyó—, reinó la paz en la ciudad, y no hacían más que comer, beber, hacer el amor y criar a los hijos. No había necesidad de arar los campos del llano, pues Tolkemec les enseñó a cultivar los frutos que se nutrían del aire. Además, la matanza de los nativos de Xuchotl rompió el hechizo que mantenía confinados a los dragones en el bosque y éstos llegaban por las noches hasta las puertas de la ciudad, y rugían enfurecidos. La llanura se tiñó de sangre a causa de la eterna lucha entre los monstruos; entonces ocurrió que...

Olmec interrumpió la frase y se mordió los labios. Luego siguió hablando, pero Valeria y Conan notaron que había omitido algo que, sin duda, había considerado inadecuado.

—Después de cinco años de paz, entonces... —Olmec miró brevemente a la mujer que estaba a su lado—, Xotalanc tomó a una mujer por esposa, a la que también deseaban Tecuhltli y el viejo Tolkemec. En su pasión, Tecuhltli quiso raptar a la esposa de Xotalanc, pero ella le siguió voluntariamente. Tolkemec ayudó a Tecuhltli, pues estaba resentido contra Xotalanc. Éste exigió que le fuera devuelta su esposa, y el consejo de la tribu resolvió que la decisión debía ser dejada en manos de la mujer. Ella decidió quedarse con Tecuhltli. Xotalanc, furioso, trató de llevársela por la fuerza, y los partidarios de ambos hermanos iniciaron una disputa en la Gran Sala.

»Fue un día amargo —dijo—, en el que se derramó mucha sangre por ambos bandos. La pelea se convirtió en combate y éste en guerra declarada. Surgieron tres facciones: la de Tecuhltli, la de Xotalanc y la de Tolkemec. Pero ya en los días de paz estos hombres se habían dividido la ciudad entre ellos. Tecuhltli, nuestro antepasado, habitaba en el sector oeste de la ciudad; Xotalanc en el este, y Tolkemec y los suyos cerca de la puerta del sur.

»El odio, el resentimiento y los celos provocaron nuevos derramamientos de sangre —prosiguió—. Una vez que la espada se había desenvainado, resultaba difícil devolverla a su vaina. Tecuhltli luchó contra Xotalanc, y Tolkemec ayudó primero a uno y después a otro, traicionando a cada facción según su conveniencia. Tecuhltli y su gente se retiraron

al sector de la puerta occidental, donde aún nos encontramos nosotros. La ciudad está conformada como un óvalo. Nosotros, los tecuhltli, que tomamos el nombre de nuestro príncipe, ocupamos la parte occidental de dicho óvalo. Los tres bandos tapiaron las puertas que comunicaban su sector con el resto de la ciudad, con excepción de una, que así podía ser defendida más fácilmente. Bajaron a las cuevas y levantaron paredes que atravesaban las catacumbas, donde yacen los restos de los antiguos xuchotlas, así como de los tlazitlanos muertos en la batalla. Vivían como en un castillo sitiado, efectuando repentinas y violentas incursiones contra el enemigo.

»Los xotalancas fortificaron de la misma manera la parte oriental de la ciudad, y Tolkemec hizo otro tanto hacia la puerta del sur. La parte central de Xuchotl quedó vacía y deshabitada. Aquellas enormes salas y corredores se convirtieron en campos de batalla, en una zona en la que reinaba permanentemente el terror.

»Tolkemec peleó contra ambos clanes —siguió diciendo Olmec—. Era un demonio en forma de hombre, peor que Xotalanc. Conocía muchos secretos de la ciudad que jamás reveló a los otros. De las sombrías catacumbas obtuvo muchos secretos que habían pertenecido a reyes y a magos olvidados de los decadentes xuchotlas a los que nuestros antepasados dieron muerte. Pero de nada le valió toda su magia la noche en que nosotros, los tecuhltli, irrumpimos en su sector y matamos a su gente. Tolkemec fue torturado durante varios días seguidos.

»Sí —continuó—; le mantuvimos con vida hasta que nos suplicó que le matáramos. Finalmente le sacamos de la sala de tortura y le arrojamos a una mazmorra, para que las ratas lo devorasen mientras agonizaba. Pero logró escapar del calabozo por un pasadizo secreto y llegó a las catacumbas. Seguramente murió allí, pues la única salida de las catacumbas pasa por nuestra zona, y jamás volvió a aparecer. Jamás encontramos sus restos, y muchos supersticiosos tecuhltli juran que su espectro vaga por las criptas, lamentándose entre las osamentas de los muertos. Hace doce años dimos muerte a todos los partidarios de Tolkemec; ahora la lucha se limita a los tecuhltli y a los xotalancas, y continuará hasta que hayan desaparecido hasta el último hombre y la última mujer de uno de los dos bandos.

»Hace cincuenta años que Tecuhltli le quitó la mujer a Xotalanc. Medio siglo ha durado la disputa. Yo nací en plena lucha, igual que todos los que se encuentran aquí, con excepción de Tascela. Y todos esperamos morir en esa lucha.

»Somos una raza agonizante, tal como ocurría con los xuchotlas que encontraron nuestros antepasados —siguió diciendo—. Cuando empezó el conflicto éramos cientos de hombres en cada bando. Ahora, los tecuhltli somos tan sólo los que veis delante de vosotros, así como los hombres que protegen las puertas: cuarenta en total. No sabemos cuántos xotalancas hay, pero dudo que sean muchos más que nosotros. Durante quince años no nos ha nacido ningún hijo, y no tenemos noticias de que ocurriera lo contrario con nuestros enemigos. Nos extinguimos, pero antes de morir mataremos a tantos hombres de Xotalanc como nos permitan los dioses.

Olmec siguió hablando con ojos brillantes de aquella lucha sin fin que tenía lugar en las silenciosas habitaciones, bajo el misterioso fulgor de las gemas verdes. En aquella

pelea atroz había muerto toda una generación. Xotalanc había perecido mucho antes, acuchillado en una lucha que tuvo lugar al pie de una escalera de marfil. Tecuhltli murió desollado vivo por los enloquecidos xotalancas, cuando éstos consiguieron capturarlo.

Sin expresar demasiada emoción, Olmec se refirió a las atrocidades más tremendas cometidas por ambos bandos. El cimmerico gruñó de disgusto. ¡No era de extrañar que Techotl se sintiera aterrado ante la posibilidad de que le capturasen! Olmec también habló de ciertos misterios, de la magia negra que se practicaba en las tenebrosas catacumbas, invocando como aliados a horribles criaturas de las tinieblas. En ese aspecto los xotalancas llevaban ventaja, pues era en sus catacumbas —las orientales— donde yacían los restos de los grandes brujos xuchotlas que guardaban arcanos secretos.

Valeria escuchaba con morbosa fascinación. Aquella disputa era tan brutal que llevaba inevitablemente a la extinción de los habitantes de Xuchotl. Habían nacido en la lucha y morirían en ella. Nunca abandonaban sus fortificados dominios si no era para deslizarse hasta las Salas del Silencio, para matar allí a sus adversarios. A veces los atacantes volvían con algún aterrado cautivo, o con los horribles despojos de una refriega. Otras veces no regresaban, o lo hacían en forma de despojos sangrientos que eran arrojados contra las enormes puertas de bronce. La existencia de aquella gente era una pesadilla alucinante, encerrada allí, aislada del mundo, luchando como ratas rabiosas pilladas en la misma trampa.

Mientras Olmec hablaba, Valeria sentía los ardientes ojos de Tascela fijos en ella. La princesa no parecía estar escuchando lo que decía su compañero. Su expresión no reflejaba la ira ni el gozo salvaje que se advertía en los semblantes de los demás tecuhltli. La contienda que obsesionaba a sus compañeros no parecía tener el menor sentido para ella. A Valeria le resultó más repugnante su indiferencia que la abierta fiereza con la que se expresaba Olmec.

—Jamás podremos abandonar la ciudad —dijo Olmec—. Durante cincuenta años nadie lo ha hecho, excepto esos... De nuevo se contuvo.

—Aun cuando no existiera el peligro de los dragones —siguió diciendo—, nosotros, que hemos nacido y nos hemos criado entre los muros de esta ciudad, no nos atreveríamos a abandonarla. No estamos acostumbrados al cielo abierto ni a los rayos del sol. No, nacimos en Xuchotl, y en esta ciudad acabaremos nuestros días.

—Bien, lo cierto es que esta enconada lucha no nos concierne —dijo el cimmerico—. Si nos acompañáis hasta la puerta oeste, seguiremos nuestro camino.

Tascela se retorció las manos y se dispuso a hablar, pero Olmec la interrumpió.

—Ya está anocheciendo —dijo—. Si vagáis por el llano durante la noche, probablemente seréis presa de los dragones.

—Anoche dormimos en la planicie, a cielo abierto, y no nos molestaron —explicó Conan.

Tascela sonrió con frialdad y dijo:

—No os atreveréis a dejar Xuchotl.

Conan la miró con instintivo antagonismo, pero ella no le devolvió la mirada; sólo tenía ojos para Valeria.

—Sí, creo que se atreverán —aseguró Olmec—. Pero oídme, Conan y Valeria. Sin duda, los dioses os han enviado para inclinar el fiel de la balanza del lado de los tecuhltli y darnos la victoria. Vosotros sois guerreros profesionales. ¿Por qué no peleáis para nosotros? Tenemos riquezas en abundancia. Las joyas más caras son tan corrientes en Xuchotl como los adoquines en las demás ciudades del mundo. Algunas de esas riquezas fueron traídas por los xuchotlas desde Kosala; otras, como las gemas que iluminan las salas, proceden de los montes del este. ¡Ayudadnos a vencer a los xotalancas y os entregaremos tantas joyas como podáis llevaros!

—En ese caso, podrías ayudarnos a destruir a los dragones —dijo Valeria, que temía cruzar de nuevo el bosque, y más aún llevando una buena carga—. Con arcos y flechas emponzoñadas, treinta hombres pueden dar muerte a los dragones que aún queden en la espesura.

—¡Desde luego! —contestó Olmec rápidamente—. Ya hemos olvidado el uso del arco, después de tantos años de lucha cara a cara, pero podemos aprender de nuevo.

—¿Qué dices a eso? —le preguntó Valeria a Conan.

—Somos vagabundos sin dinero —dijo él, con una sonrisa hosca—. Lo mismo da matar a xotalancas que a cualquier otro enemigo.

—Entonces ¿aceptáis? —exclamó Olmec, mientras Techotl gritaba lleno de júbilo.

—Sí. Y ahora será mejor que nos enseñéis nuestras habitaciones para que podamos dormir y estar descansados, a fin de iniciar la matanza mañana.

Olmec asintió e hizo una seña. Entonces Techotl y una mujer acompañaron a los aventureros a lo largo de un pasillo que comenzaba a la izquierda del estrado de jade.

Al mirar hacia atrás, Valeria vio a Olmec reclinado en su diván, observándoles con intensa mirada. Tascela, sentada en la otomana, susurraba algo al oído de la taciturna sirvienta llamada Yasala.

El corredor no era tan ancho como la mayoría de los que habían cruzado antes, pero sí bastante largo. Finalmente la mujer se detuvo, abrió una puerta, y se apartó para dejar entrar a Valeria.

—Un momento —dijo Conan con un gruñido—. ¿Dónde duermo yo?

Techotl señaló una puerta situada enfrente, un poco más allá. El cimmerico estuvo a punto de objetar algo, pero Valeria le miró con aire irritado y le cerró la puerta en las narices.

Conan dijo algunas cosas poco amables acerca de las mujeres en general y siguió a Techotl por el pasillo.

El bárbaro echó una mirada a las claraboyas que había en la adornada alcoba en la que iba a dormir. Algunas de éstas eran lo suficientemente anchas como para que pudiera

pasar por ellas un hombre delgado, suponiendo que antes rompiera el cristal.

—¿Cómo es que no vienen los xotalancas por el techo y destrozan esos cristales? —preguntó.

—No podrían romperlos —repuso Techotl—. Además, resulta casi imposible caminar por esos techos, pues hay torres, cúpulas y planos muy inclinados.

Luego Techotl le dio a Conan más información acerca de la ciudad-castillo, especialmente de la zona de los tecuhltli. Al igual que el resto de la ciudad, estaba formada por cuatro pisos, con torres que se alzaban desde el techo. Cada piso tenía un nombre. En realidad, la gente de Xuchotl daba nombres a cada habitación, sala y escalera de la ciudad, del mismo modo que los habitantes de las ciudades corrientes designan las calles y las plazas. En Tecuhltli, las plantas se llamaban Piso del Águila, Piso del Mono, Piso del Tigre y Piso de la Serpiente, siendo este último el más elevado.

—¿Quién es Tascela? —preguntó Conan de repente—. ¿La esposa de Olmec?

Techotl se estremeció y lanzó una mirada sigilosa a su alrededor antes de contestar.

—No... Era la mujer de Xotalanc... La que raptó Tecuhltli y dio origen a la gran disputa.

—¿De qué hablas? —dijo el cimmerico—. Esa mujer es joven y hermosa. ¿Quieres decir que ya estaba casada hace cincuenta años?

—¡Así es, lo juro! Ya era una mujer adulta cuando los tlazitlanos llegaron desde el lago Zuad. Justamente porque el rey de Estigia la deseaba como concubina, Xotalanc y su hermano se rebelaron y huyeron. ¡Es una hechicera que posee el secreto de la eterna juventud!

—¿Cómo dices? —preguntó Conan.

Techotl volvió a estremecerse.

—No me preguntes nada más. Es un asunto tenebroso, incluso para esta ciudad.

Y al tiempo que se llevaba el índice a los labios, Techotl abandonó silenciosamente la habitación.

Capítulo 4

El perfume de loto negro

Valeria se quitó el cinturón con la espada y lo depositó sobre el lecho en el que iba a dormir. Vio algunas puertas con cerrojos y preguntó a dónde llevaban.

—Ésas dan a los cuartos vecinos —dijo la mujer, señalando hacia la derecha y hacia la izquierda—. Esta otra conduce a un pasillo y luego a unas escaleras por las que se baja a las catacumbas. Pero no temas, señora, nada ni nadie puede hacerte daño en esta alcoba.

—¿Quién ha dicho que yo tenga miedo? —respondió Valeria—. Tan sólo me gusta saber en qué puerto voy a echar el ancla. Y no quiero que duermas a los pies de mi cama. No estoy acostumbrada a dormir acompañada, al menos de otras mujeres. Puedes irte.

Cuando se quedó sola en la habitación, la mujer pirata echó los cerrojos de todas las puertas. Luego se quitó las botas y se acostó con un gesto de satisfacción sobre la cama. Se imaginó a Conan en la misma actitud, pero lanzando maldiciones por el desaire recibido, y sonrió maliciosamente.

Afuera había caído la noche. En las salas de Xuchotl, las gemas verdes brillaban como los ojos de felinos prehistóricos. Entre las oscuras torres de la ciudad gemía el viento nocturno como un espectro inquieto. Por los corredores y pasillos empezaban a vagar siluetas Furtivas que de vez en cuando se detenían, y permanecían al acecho.

Valeria se despertó de repente. Recortándose contra el tenue fulgor de las gemas verdes vio una sombra que se inclinaba sobre ella. Por un momento, la aparición pareció formar parte del sueño que había tenido. Se había visto aspirando el perfume de unas enormes flores y sintió una languidez que la inducía a algo más que al sueño. Se hundía en un abismo de deleite sin fin cuando algo le rozó el rostro. Tan sensible estaba que bastó aquel contacto para que despertara abruptamente. Entonces, en lugar de una gran flor, vio a una mujer de piel oscura que estaba a su lado.

La mujer se volvió rápidamente, pero, antes de que pudiese huir, Valeria se había puesto en pie y la había cogido por un brazo. La otra luchó como un gato montes durante unos momentos, pero tuvo que rendirse ante la fuerza superior de su contrincante. Valeria obligó a la mujer a volver la cabeza y advirtió que se trataba de Yasala, la doncella de Tascela.

—¿Qué demonios estabas haciendo aquí? —preguntó la pirata—. ¿Qué tienes en la mano?

La mujer no respondió, pero trató de arrojar a un lado lo que llevaba. Valeria le retorció el brazo y el objeto cayó al suelo. Era una enorme flor negra de tallo largo de color verde. Tenía el tamaño de la cabeza de una mujer.

—¡El loto negro! —exclamó Valeria entre dientes—. ¡La flor que causa un sueño profundo! ¡Estabas tratando de provocar en mí un estado de sopor, y si no me hubieras rozado accidentalmente la cara con los pétalos...! Pero ¿por qué lo has hecho? ¿Qué pretendías?

Yasala mantuvo su hosco silencio. Con un juramento, Valeria la obligó a girar en redondo, hizo que se pusiera de rodillas y le retorció el brazo detrás de la espalda.

—¡Habla, o te descoyunto el brazo! —exclamó. La muchacha no lanzó ni un grito. Negó con la cabeza como única respuesta.

—¡Ramera! —dijo Valeria, y arrojó a la doncella al suelo.

La mujer pirata observó a la figura postrada con ojos centelleantes. El temor y el recuerdo de la mirada de Tascela despertaban su instinto de conservación. Aquellas eran gentes decadentes, de las cuales podía esperarse cualquier perversidad. Pero Valeria intuyó que había alguien que actuaba entre bastidores, algún horror secreto más temible que una simple degeneración. Pensó que los habitantes de aquella ciudad no eran cuerdos ni normales, y hasta dudaba de que fuesen humanos. La locura brillaba en los ojos de todos, salvo en la mirada intensa y cruel de Tascela, que conocía secretos y misterios más profundos y temibles que cualquier forma de locura.

Valeria levantó la cabeza y escuchó con atención. Las salas de Xuchotl estaban en silencio, como si aquella hubiera sido realmente una ciudad muerta. Las gemas verdes bañaban la habitación con un brillo fantasmagórico, que se reflejaba en los ojos de la mujer caída en el suelo. Valeria sintió pánico, lo que despojó a su fiera alma del último vestigio de piedad que pudiera tener.

—¡Perra! ¿Por qué trataste de drogarme? —exclamó cogiendo a la doncella por los pelos y obligándola a mirarla a los ojos—. ¿Te envió Tascela?

No hubo respuesta. Valeria gritó una maldición y abofeteó a la mujer, primero en una mejilla y luego en la otra. Los golpes resonaron en la habitación, pero Yasala ni siquiera gimió.

—¿Por qué no te quejas? —preguntó Valeria con aspereza—. ¿Temes que alguien te oiga? ¿De quién tienes miedo? ¿De Tascela, de Olmec o de Conan?

Yasala siguió sin responder. Permaneció acurrucada, observando a su captora con la mirada de odio de un basilisco. Pero el silencio tozudo siempre suscita la ira, por lo que Valeria arrancó un cordón de seda de una cortina que había allí.

—¡Puerca mujerzuela! —dijo entre dientes—. ¡Te voy a atar a ese lecho y te voy a azotar hasta que me digas qué hacías aquí y quién te envió!

Yasala no ofreció la menor resistencia. Durante unos minutos, en la alcoba no se oyó otro sonido que el chasquido del duro cordón sobre la carne desnuda de la doncella. Yasala no podía moverse, pues tenía atados los pies y las manos. Su cuerpo se retorció bajo el castigo y su cabeza oscilaba de un lado a otro al ritmo de los golpes. Se clavó los dientes en el labio inferior hasta que le brotó un hilillo de sangre. Pero no lanzó una sola exclamación.

La mujer pirata le infligía el castigo con toda la fuerza de su robusto brazo, dejando una marca roja en la piel con cada azote.

Finalmente escapó un débil gemido de los labios entreabiertos de la mujer y Valeria se detuvo con el brazo en alto, mientras se echaba hacia atrás un rubio mechón de cabello.

—¿Vas a hablar? —preguntó—. ¡Yo puedo seguir toda la noche, si es necesario!

—¡Piedad! —susurró la mujer—. ¡Hablaré!

Valeria cortó los cordones que le sujetaban las muñecas y los tobillos, y la obligó a ponerse en pie.

Yasala temblaba violentamente.

—¡Un poco de vino! —suplicó, señalando hacia una copa de oro que había sobre una mesita de marfil—. Déjame beber. Estoy débil; después te lo diré todo.

Valeria levantó la copa y Yasala extendió las manos para recibirla. Luego se la llevó a los labios, pero de repente arrojó su contenido al rostro de la aquilonia.

Ésta retrocedió al sentir el picante líquido en los ojos. Como a través de una bruma vio que Yasala cruzaba corriendo la habitación, recorría un cerrojo y, después de abrir la puerta de bronce, huía por la antesala. La pirata salió detrás de ella, con la espada en la mano y el rostro descompuesto por la ira.

Pero Yasala llevaba ventaja y avanzó con sorprendente agilidad, a pesar del duro castigo recibido. Dio la vuelta por un pasillo, bastante por delante de Valeria, y cuando ésta llegó al lugar, se encontró con un corredor vacío, en cuyo extremo opuesto se veía el negro vano de una puerta. Al acercarse, Valeria comprobó que de la puerta surgía un húmedo olor a moho, que la hizo estremecer. Aquella debía de ser la puerta que llevaba a las catacumbas. Yasala había buscado refugio entre los muertos.

Valeria avanzó hasta la puerta y vio una escalera de piedra que se perdía hacia abajo, en la oscuridad. Evidentemente, conducía a las cuevas y criptas de la ciudad. La mujer se estremeció y pensó en los miles de cadáveres que yacían allí abajo, en sus tumbas de piedra, envueltos en sudarios desgastados por el tiempo. No tenía intención de entrar en aquel dominio de los muertos. Además, era evidente que Yasala conocía cada recodo de aquellos pasadizos subterráneos. Ya se volvía, cuando oyó un grito que surgía de la oscuridad, interrumpido por un sollozo. Parecía provenir de una profundidad considerable, pero las palabras eran audibles, y se trataba de la voz de una mujer.

—¡Socorro, por favor! —gritaba—. ¡Ayudadme, en nombre de Set! ¡Aaah!

El sonido se extinguió y Valeria tuvo la impresión de haber oído una risa fantasmagórica. Sintió un escalofrío. ¿Qué le habría ocurrido a Yasala allí abajo, en las catacumbas? No tenía la menor duda de que había sido ella la que había gritado. ¿Habría un xotalanca agazapado allí? Olmec había asegurado que las catacumbas que se extendían debajo de Tecuhltli estaban fuertemente amuralladas, para separarlas del resto. Además, aquella risa no parecía humana.

Valeria avanzó rápidamente por el pasillo, volvió a su habitación y, después de cerrar la puerta tras de sí, corrió el cerrojo. Luego se calzó las botas de fino cuero y se puso el cinto con la espada. Tenía la intención de ir a buscar a Conan a su habitación para pedirle, en caso de que aún viviera, que se fueran de una vez por todas de aquella ciudad que parecía habitada por demonios.

Pero en el momento en que llegaba a la puerta que daba al pasillo, un prolongado grito de agonía se extendió por las salas. Al grito siguió el rumor de pasos precipitados y

el sonido metálico de las espadas.

Capítulo 5

Veinte clavos rojos

En la sala de guardia de la planta conocida como el Piso del Águila había dos centinelas. Tenían una actitud despreocupada, aunque no por ello dejaban de mantenerse alerta. Un ataque a la gran puerta de bronce siempre era posible, pero durante muchos años el otro bando no lo había intentado.

—Los extranjeros son unos poderosos aliados —decía uno de los dos centinelas—. Según creo, Olmec iniciará mañana mismo un ataque contra el enemigo.

Habló del mismo modo que podía haberlo hecho un soldado durante una guerra. En el mundo en miniatura que era Xuchotl, cada puñado de adversarios era como un ejército y las salas vacías que había entre los sectores hacían las veces de campo de batalla.

El otro meditó brevemente y luego dijo:

—Supón que vencemos a los xotalancas. ¿Qué pasará después, Xatmec?—
Llenaremos la columna de clavos rojos. Quemaremos desollaremos y descuartizaremos a los cautivos.

—Sí, pero ¿y después? —insistió el otro—. ¿Qué sucederá cuando los hayamos matado a todos? ¿No parecerá extraño no tener enemigos contra quienes luchar? Toda mi vida he odiado a los xotalancas y he peleado contra ellos. Si la disputa se acaba, ¿qué nos quedará?

Xatmec se encogió de hombros. Sus pensamientos nunca habían ido más allá de la destrucción de sus enemigos. No imaginaba otra posibilidad.

De repente ambos soldados se irguieron al escuchar un ruido que venía del otro lado de la puerta.

—¡A la puerta, Xatmec! —murmuró el último que había hablado—. Voy a mirar a través del Ojo...

Xatmec, con la espada en la mano, se apoyó contra la puerta de bronce, procurando escuchar a través del metal. Su compañero miró por los espejos y se estremeció profundamente. Había muchos enemigos congregados al otro lado de la puerta. Pero llevaban las espadas entre los dientes, ¡y se introducían los dedos índices en las orejas! Uno de ellos, adornado con un tocado de plumas, se llevó una especie de flautín a los

labios y comenzó a tocar.

El grito murió en la garganta del centinela cuando el extraño pitido atravesó la puerta metálica y penetró en sus oídos. Xatmec permaneció apoyado contra la puerta, como si se hubiera quedado congelado en aquella posición. Su rostro parecía el de una imagen de madera, y escuchaba horrorizado. El otro guardia, aunque más alejado de la fuente del sonido, se dio cuenta de la terrible amenaza que suponía aquel pitido. Sintió como si unos dedos hurgaran en su cerebro, llenándolo de impulsos demenciales. Más con un esfuerzo titánico se liberó del hechizo y lanzó un grito de alarma con una voz que no parecía la suya.

Pero mientras él gritaba, el sonido aumentó de tono. Era como tener un cuchillo en los oídos. El otro, Xatmec, lanzó un alarido y toda la cordura desapareció de su rostro como una llama barrida por el viento.

El centinela de la puerta soltó la cadena como un demente, corrió los cerrojos y, después de abrir la puerta, salió al exterior con la espada levantada, antes de que su compañero pudiera evitarlo. Una docena de espadas se abatieron sobre Xatmec, y por encima de su cuerpo ensangrentado irrumpieron los xotalancas en la sala de guardia, profiriendo gritos aterradores que resonaban por todas partes.

Con la mente aún confusa por la horrorosa hechicería que acababa de presenciar, el otro centinela se enfrentó casi mecánicamente a los enemigos, levantando su lanza. Atravesó a uno de ellos, pero no supo nada más, pues una espada le golpeó el cráneo. Luego, los guerreros de salvaje mirada se dispersaron por las habitaciones que había más allá de la sala de guardia.

Conan saltó de su lecho al oír los gritos y el estrépito del acero. Al momento, el cimmerico tuvo la espada en la mano y abrió la puerta. Techotl corrió hacia él con una expresión de espanto en el rostro.

—¡Los xotalancas! —gritó con voz casi inhumana—. ¡Están dentro de Tecuhltli!

Conan echó a correr por el pasillo en el momento en que Valeria salía de su habitación.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó ella.

—Techotl dice que han entrado los xotalancas —repuso el cimmerico apresuradamente—. Y por el ruido, parece ser que así es.

Con Techotl siguiéndoles de cerca, entraron en la sala del trono y vieron una escena que superaba la pesadilla más espantosa.

Veinte personas, entre hombres y mujeres, que lucían blancas calaveras en el pecho, estaban enzarzadas en una pelea con la gente de Tecuhltli. Las mujeres de ambos bandos luchaban tan furiosamente como los hombres, y la habitación ya estaba sembrada de cadáveres.

Olmec, vestido tan sólo con un taparrabo, luchaba delante de su trono, y al mismo tiempo que entraban los dos aventureros apareció Tascela empuñando una espada.

Xatmec y su compañero habían muerto, por lo cual nadie pudo decirles a los tecuhltli cómo entraron los enemigos en la ciudadela. Tampoco había nadie que explicara el motivo de aquel loco intento, pues las pérdidas de los xotalancas eran grandes, y su situación más desesperada que nunca. La destrucción de su aliado con escamas, la de la Calavera Ardiente y la noticia, susurrada por un moribundo, de que los tecuhltli tenían como aliados a dos poderosos personajes de piel blanca, había trastornado por completo a los xotalancas y les había decidido a llevar a cabo aquel plan para morir matando a sus enemigos.

Los tecuhltli, recuperados de la sorpresa, peleaban con la misma furia desesperada, en tanto que los centinelas de los pisos inferiores acudían corriendo a intervenir en la refriega. Era una lucha de lobos rabiosos, ciegos e implacables. Saltaban de un lado a otro, del suelo al estrado, de éste a las mesas de jade o de mármol. Brillaban las espadas, y las cortinas se teñían de rojo. Era la culminación de un odio sangriento que perduraba desde hacía medio siglo, y todos los que se encontraban en la sala se daban cuenta de ello.

Pero la conclusión era inevitable. Los tecuhltli superaban a los invasores en la proporción de dos a uno y contaban, además, con la poderosa ayuda de sus aliados de piel blanca, que entraron en la lucha con la fuerza devastadora de un huracán que se abate sobre unos arbolillos. Tres enemigos no bastaban para contener al cimmerico, que aun con su gran peso se desplazaba con más rapidez que los demás, sembrando la muerte a su alrededor.

Valeria luchaba a su lado, con una sonrisa en los labios y los ojos centelleantes. Era más fuerte que un hombre normal de Xuchotl, y bastante más rápida y feroz. La espada parecía cobrar vida en su mano, por la destreza con que la manejaba. Sus antagonistas estaban llenos de asombro, y en cuanto levantaban el arma sentían la hoja de la mujer blanca en el cuello antes de lanzar el último suspiro. Sobresaliendo por encima de los combatientes, Conan asestaba mandobles a diestro y siniestro, en tanto que Valeria avanzaba como un fantasma, esquivando, atacando y volviendo a atacar.

No había sexo ni condición que fuese respetada por los enloquecidos combatientes. Las cinco mujeres que habían llegado con los xotalancas yacían en el suelo con una herida en el cuello ya antes de que hubiesen entrado en escena el cimmerico y Valeria. Y cuando algún guerrero se desplomaba, había siempre un filo que atravesaba su indefenso cuello, o un pie que le aplastaba el cráneo.

De pared a pared y de puerta a puerta seguía el combate en oleadas, prolongándose en algunas salas adyacentes a la del trono. Por último, sólo quedaron los tecuhltli y sus blancos aliados frente al estrado.

Los sobrevivientes se miraban unos a otros como si hubieran superado el Día del Juicio Final o la destrucción del mundo. Con los brazos y espadas chorreando sangre, observaron los cadáveres de sus hermanos y de sus enemigos. No les quedaba aliento para lanzar vítores; sólo surgió de sus labios un alarido bestial. No era un grito humano de triunfo, sino el aullido de una manada de lobos rabiosos que irrumpe entre los cuerpos de sus víctimas.

Conan agarró a Valeria por un brazo, la volvió hacia él y le dijo:—Tienes una herida

en la pantorrilla.

Ella miró hacia abajo y por primera vez se dio cuenta de que el dolor le atenazaba los músculos de la pierna. Seguramente alguno de los moribundos la había apuñalado desde el suelo en un último esfuerzo antes de morir.

—Y tú pareces un carnicero —repuso Valeria riendo.

El cimmerio se sacudió la sangre de las manos.

—Afortunadamente esta sangre no es mía —dijo—. Bueno, tengo algunos arañazos, pero nada de importancia. En cambio, hay que vendar pronto esa pantorrilla.

Olmec llegó aquel momento hasta ellos. Parecía un ogro con el enorme pecho salpicado de sangre. Sus ojos aún centelleaban por los efectos de la batalla.

—¡Hemos vencido! —exclamó roncamente—. ¡La lucha ha terminado y los perros de Xotalanc están muertos! ¡Ah, qué pena que no hayan quedado sobrevivientes! Sin embargo, me alegra verlos muertos. ¡Hay veinte perros muertos! ¡Veinte clavos rojos para la columna de ébano!

—Será mejor que cuides de tus heridos —le dijo Conan, que luego se volvió hacia Valeria—. Vamos, muchacha, déjame ver qué te ocurre en la pierna.

—Un momento —repuso ella con impaciencia—. ¿Cómo sabemos que éstos son todos los enemigos? Puede que sólo sean una parte.

—No habrían dividido el clan en una incursión como ésta —aseguró Olmec, moviendo la cabeza y recuperando su habitual cordura—. Me jugaría la cabeza a que les hemos matado a todos. Eran menos de lo que habíamos pensado y debían de estar desesperados. Pero ¿cómo se las habrán arreglado para entrar en Tecuhltli?

Tascela apareció en aquel momento limpiando su espada con un borde del vestido, mientras en la otra mano sostenía un objeto que le había quitado al emplumado jefe enemigo.

—La flauta de la locura —dijo la mujer—. Un guerrero me dijo que Xatmec les abrió la puerta a los xotalancas, que le mataron e irrumpieron en la sala de guardia. Ese guerrero llegó desde la sala interior justo a tiempo para ver lo que ocurría y entonces se le heló el alma al oír el extraño pitido Tolkemec solía hablar de estas flautas que los xuchotlas juraban haber visto en algún lugar de las catacumbas, donde habían sido escondidas por un antiguo brujo. Parece ser que los perros de Xotalanc las encontraron y descubrieron su secreto.

—Es preciso ir a Xotalanc para comprobar si queda alguien con vida —dijo Conan—. Iré yo mismo, si alguien me sirve de guía.

Olmec miró a su gente. Sólo quedaban veinte hombres con vida, de los cuales algunos yacían gimiendo en el suelo. Tascela era la única de los tecuhltli que había escapado sin herida alguna. La princesa estaba indemne, aunque había participado en lo más duro de la lucha.

—¿Quién va a acompañar a Conan hasta Xotalanc? —preguntó Olmec.

Techotl avanzó cojeando. Su herida del muslo sangraba de nuevo y tenía otra en las costillas.

—¡Iré yo! —dijo.

—No, no vendrás —intervino Conan—. Y tú tampoco vendrás, Valeria; ambos estáis heridos.

—Te acompañaré yo —dijo uno de los guerreros que se estaba vendando el antebrazo.

—Está bien, Yanath, ve con el cimmerio. Ve tú también, Topal

—dijo Olmec señalando a otro hombre cuyas heridas eran leves—. Pero antes ayudadnos a transportar a estos heridos a los divanes, para que podamos curarles.

Hicieron esto rápidamente. Cuando Olmec y Topal se inclinaron para recoger a una mujer herida, Conan tuvo la impresión de que el primero murmuraba unas palabras al oído del segundo. Poco después, el cimmerio y sus dos acompañantes abandonaban la sala del trono.

Conan echó una mirada hacia atrás cuando trasponían la puerta y vio el caos de cuerpos mutilados que reinaba en el gran salón, donde los muertos permanecían en actitudes forzadas, mirando al techo con ojos vidriosos. Entre los cadáveres andaban los vivos, manchados de sangre y con aspecto de fantasmas. El bárbaro oyó que Olmec llamaba a una mujer y le ordenaba que le vendase la pierna a Valeria.

La mujer pirata siguió a la otra hasta una habitación vecina, cojeando levemente.

Los tecuhltli guiaron con cautela a Conan a lo largo de la sala que se extendía más allá de la puerta de bronce de su sector. Luego pasaron por una sucesión de habitaciones iluminadas por las gemas verdes. No vieron a nadie, ni oyeron nada. Una vez que hubieron cruzado la Gran Sala que dividía la ciudad de norte a sur, su precaución aumentó aún más debido a la proximidad del territorio enemigo. Pero tanto las habitaciones como los pasillos estaban desiertos. Finalmente llegaron a un gran vestíbulo y se detuvieron frente a una puerta de bronce similar a la Puerta del Águila de Tecuhltli. La empujaron con mucho cuidado, y la puerta se abrió lentamente. Los dos tecuhltli miraron con temor hacia las salas que había más allá. Durante cincuenta años, ninguno de los suyos había entrado en aquel recinto, salvo como prisioneros, lo que significaba que no saldrían de allí con vida. Para Yanath y Topal, aquella puerta de bronce era como la puerta del infierno.

Tal fue su espanto que ambos retrocedieron maquinalmente. Conan les empujó y entró en Xotalanc. Los otros le acompañaron tímidamente, mirando inquietos a su alrededor. Sólo el ritmo agitado de su respiración turbaba el silencio de aquellas salas.

En primer lugar hallaron un recinto de guardia como el que había detrás de la Puerta del Águila de Tecuhltli, y desde allí avanzaron por otra habitación que daba a una enorme estancia, que sin duda era la antesala del salón del trono.

El cimmerio observó la enorme habitación, con sus alfombras, divanes y tapices, y

escuchó atentamente. No oyó el menor ruido; las habitaciones parecían estar desiertas. Tuvo la impresión de que no quedaba en Xuchotl ningún xotalanca con vida.

—Vamos —murmuró Conan, y comenzó a avanzar por el salón.

Apenas habían recorrido un trecho cuando el cimmerico se dio cuenta de que sólo lo seguía Yanath. Al volverse, vio a Topal con un gesto de horror indescriptible, señalando con un brazo hacia algo que se hallaba detrás de un diván.

—¿Qué sucede? —preguntó Conan.

Entonces vio que Topal miraba con el mismo espanto reflejado en su rostro y, al mirar él, sintió un escalofrío que le recorría todo el cuerpo.

Detrás del diván asomaba una cabeza monstruosa; era la de una serpiente de gran tamaño, en cuyas fauces abiertas había dos enormes colmillos curvos. Pero el reptil no se movía, y sus grandes ojos tenían la mirada vidriosa de la muerte.

Conan miró detrás del diván y pudo comprobar que aquella serpiente era la más grande que había visto en su vida. El ofidio tenía un color indefinido, que cambiaba a cada movimiento que hacía quien observase al animal sin vida. Una gran herida en el cuello revelaba la causa de su muerte.

—¡Es el Trepador! —susurró Yanath.

—Sí, el ser al que acuchillé en la escalera —explicó el cimmerico—. Después de habernos seguido hasta la Puerta del Águila, seguramente regresó aquí para morir. ¿Cómo habrán podido dominar los xotalancas a semejante monstruo?

Los dos tecuhltli se estremecieron profundamente y uno de ellos dijo:

—Trajeron al Trepador de los túneles que hay debajo de las catacumbas. Ellos habían descubierto secretos que nosotros nunca conocimos.

—Bien, el Trepador ha muerto —dijo Conan—, y si hubieran tenido otro similar, lo habrían llevado en la incursión a Tecuhltli. Ahora vámonos.

Los otros le siguieron de cerca cuando traspusieron la puerta de plata que había en el otro extremo de la sala.

—Si no encontramos a nadie en este piso, descenderemos a los de abajo. Vamos a explorar Xotalanc desde el techo hasta las catacumbas. Si Xotalanc es como Tecuhltli, todas las salas y pasillos de este piso estarán iluminados. ¡Cómo! —exclamó de repente Conan—. ¿Qué diablos...?

Acababan de entrar en la gran sala del trono, muy parecida a la de Tecuhltli. En ella se veía el mismo estrado de jade, el mismo trono de marfil, las mismas otomanas, alfombras y tapices. No había una columna de ébano con clavos rojos, pero sí una prueba macabra de la lucha entre las dos tribus.

En la pared detrás del trono, se alineaba una serie de estantes en los que se veían, perfectamente conservadas, numerosas cabezas humanas que miraban a los recién llegados con ojos inmóviles.

Topal gritó un juramento, pero Yanath permaneció en silencio, con un brillo de locura en la mirada. Conan frunció el ceño al comprender que la cordura estaba a punto de abandonar al tecuhltli.

De repente Yanath señaló las fúnebres reliquias con un dedo tembloroso.

—¡Ésa es la cabeza de mi hermano! —exclamó—. ¡Y aquélla la del hijo menor de mi hermana! ¡Y ésta, la del mayor!

Y comenzó a gemir con unos sollozos sin lágrimas que le estremecían todo el cuerpo. No era capaz de apartar la mirada de las cabezas. Los sollozos se hicieron más agudos y terminaron en aterradoras carcajadas, que a su vez se convirtieron en aullidos inarticulados. Yanath se había vuelto completamente loco.

Conan le puso una mano en el hombro y Yanath giró rápidamente, para atacar al cimmerico con su espada. Este paró el golpe y Topal intentó sujetar el brazo del demente. Pero éste le esquivó y hundió su sable en el cuerpo de Topal, que cayó al suelo con un quejido.

Entonces, Yanath corrió hacia la estantería y con aire de derviche trastornado comenzó a acuchillar las cabezas con una furia inaudita.

El cimmerico procuró desarmar a Yanath, pero éste se revolvió y se abalanzó sobre él aullando y riendo. Al comprender que el hombre estaba loco sin remedio, Conan se hizo a un lado cuando el otro pasaba y le hundió la espada en el pecho, dejándolo muerto en el acto.

El loco se desplomó encima de su víctima, que aún respiraba, y al comprobar el cimmerico que Topal estaba agonizando, se inclinó junto al hombre. De nada servía vendarle la terrible herida que le había infligido Yanath.

—No hay esperanzas para ti, Topal —dijo Conan con un gruñido—. ¿Quieres que le diga algo a tu gente?

—Acércate más —le pidió Topal, y Conan obedeció. El cimmerico tuvo que aferrarle la mano a Topal, pues éste intentaba apuñalarlo en el pecho.

—¿Qué haces? —exclamó el bárbaro—. ¿También tú te has vuelto loco?

—¡Olmec me lo ordenó! —dijo entre estertores de muerte el tecuhltli—. No sé por qué. Cuando levantamos a aquella mujer herida, me lo dijo al oído. Me pidió que te matara cuando volviésemos a nuestro sector, a Tecuhltli...Y con el nombre de su pueblo en los labios, Topal expiró.

Conan miró a Topal con el ceño fruncido. Todo aquello parecía cosa de locos. ¿Acaso también estaba loco Olmec? ¿Se hallaban los tecuhltli más trastornados de lo que parecía? El cimmerico se encogió de hombros y salió por la puerta de bronce, dejando a los dos hombres sin vida delante de las cabezas decapitadas de sus familiares.

El cimmerico no necesitaba guías para regresar por el laberinto que habían atravesado. Su primitivo instinto de orientación le conducía indefectiblemente por la ruta que habían seguido antes. Cruzó las habitaciones con la misma cautela, empuñando la espada,

mientras sus ojos examinaban cada sombra y cada rincón. Ahora temía a sus propios aliados, y no a los espectros de los xotalancas difuntos.

Ya había cruzado la Gran Sala y entrado en las habitaciones superiores cuando oyó algo que se movía delante de él, que jadeaba y caminaba haciendo un ruido extraño. Enseguida el cimmerico vio a un hombre que avanzaba dejando un enorme reguero de sangre sobre la brillante superficie.

Era Techotl. Por una profunda herida que tenía en el pecho le manaba en abundancia la sangre, que intentaba detener con una mano. Con la otra aferró al cimmerico por un brazo.

—¡Conan! —exclamó, casi ahogándose—. ¡Olmec se ha apoderado de la mujer rubia!

—¡Por eso le había ordenado a Topal que me matara! —musitó el cimmerico—. ¡No está tan loco como yo pensaba!

Techotl cayó al suelo, y Conan se inclinó a su lado al comprender que se estaba muriendo.

En aquella salvaje y odiosa existencia que llevaban los tecuhltli, la admiración y el afecto que profesaba Techotl a los aventureros era como un oasis de humanidad que lo diferenciaba profundamente de sus compañeros, los cuales sólo deseaban matar y odiar.

—Yo traté de impedirlo —agregó Techotl, a cuyos labios asomaba la sangre—, pero él me apuñaló. Seguramente creyó que me había matado, pero yo me alejé arrastrándome y luego vine hasta aquí. ¡Ten cuidado, Conan! Olmec puede tenderte una emboscada cuando vuelvas. Mátale, no es más que una bestia. Llévate a Valeria y huye. No temas atravesar el bosque, pues Olmec y Tascela os mintieron acerca de los dragones. Éstos se mataron entre sí y sólo quedó el más fuerte. Durante doce años no ha habido más que un solo dragón. Si lo has matado, ya no hay nada en el bosque que pueda haceros daño. El dragón era el dios al que Olmec veneraba y al que ofrecía sacrificios humanos. Ataba y dejaba abandonados a los más viejos y a los más jóvenes en el exterior de las murallas. ¡Deprisa, Olmec se ha llevado a Valeria a la Sala de...!

La cabeza de Techotl cayó inerte a un lado. Había muerto.

Conan se puso en pie, con los ojos ardientes como brasas. De modo que ése era el juego de Olmec, que había utilizado a los dos extranjeros para destruir a sus enemigos. Debió de haber imaginado que algo semejante anidaría en la mente del jefe de aquella raza en decadencia.

El cimmerico corrió hacia Tecuhltli con temeraria rapidez. Contó mentalmente a los que habían sido sus aliados. Eran veintiuno, incluyendo a Olmec, los que habían sobrevivido a la batalla en la sala del trono. Tres habían muerto desde entonces, lo que dejaba en dieciocho el número de enemigos con los que debía enfrentarse. En su cólera infinita, el bárbaro se sentía capaz de dar cuenta él solo de todo el clan.

Pero la astucia innata del medio en el que se había criado le impulsó a obrar con más prudencia. Recordó el consejo de Techotl respecto a una emboscada. Era muy probable

que el príncipe tomase esa medida, para el caso de que Topal no hubiera conseguido su propósito. Pensó que Olmec esperaría que volviese por el mismo camino que había seguido para dirigirse a Xotalanc.

Conan echó un vistazo a la claraboya bajo la cual estaba pasando, y advirtió que todavía no había comenzado a clarear. Las estrellas aún brillaban borrosas, pero con cierta intensidad. Los sucesos de la noche se habían desarrollado en un tiempo relativamente corto.

Se apartó del camino que iba a seguir y bajó por una escalera en espiral hasta el piso inferior. No sabía dónde podría encontrar la puerta que le permitiera entrar en Tecuhltli por aquel piso, pero tuvo confianza en que la hallaría.

Siguió andando sigilosamente con la espada en la mano a través del laberinto de habitaciones en penumbra. Sabía que debía de encontrarse cerca de Tecuhltli.

De repente un sonido lo hizo detenerse en seco. Lo reconoció enseguida. Se trataba de un ser humano que procuraba gritar a través de una mordaza. Provenía de algún lugar situado más adelante, a la izquierda. En aquellos silenciosos corredores, el menor ruido se transmitía con toda claridad.

Conan giró hacia un lado y se orientó por el sonido que aún seguía percibiendo. Finalmente vio una puerta abierta, y a través de ella observó con cautela una escena extraña y estremecedora.

En el suelo de la habitación se veía un armazón de hierro, sobre el cual se hallaba tendido y atado un hombre gigantesco. Su cabeza descansaba sobre unos pinchos de hierro que estaban ensangrentados, pues le había traspasado el cuero cabelludo. Tenía la frente rodeada por una banda de cuero que no le protegía de los pinchos. El arnés estaba unido a un mecanismo, y éste a una cadena que pasaba por una polea del techo y sostenía una enorme bola de hierro suspendida sobre el pecho peludo del hombre.

Mientras éste se mantenía inmóvil, la bola seguía en su lugar, pero en cuanto el dolor de los pinchos de hierro le obligaba a levantar la cabeza, la bola descendía un par de dedos y ya no volvía a subir. Era evidente que, al final, la enorme esfera de hierro le aplastaría con su tremendo peso.

La víctima estaba amordazada, y por encima de la mordaza sus grandes ojos se movían frenéticamente, hasta que acabaron por posarse en el hombre que se encontraba en la puerta. Conan no pudo disimular su asombro. El hombre que estaba en el bastidor de hierro era Olmec, príncipe de Tecuhltli.

Capítulo 6

Los ojos de Tascela

—¿Por qué me traes a esta habitación para vendarme la pierna? —preguntó Valeria—. ¿No podías haberlo hecho en la sala del trono?

Sin aguardar respuesta, Valeria se sentó en un diván y extendió la pierna encima de él. La mujer tecuhltli procedió a vendarle la herida con bandas de seda. La espada de la mujer pirata, todavía manchada de sangre, se hallaba junto a ella, en el diván.

Valeria tenía el ceño fruncido. La otra mujer había realizado su tarea con una silenciosa eficacia, pero recelaba ante la expresión de quien la estaba curando y ante el contacto de sus delicadas manos.

—Se han llevado a los demás heridos a otras habitaciones —repuso finalmente la mujer, con el suave acento de los nativos de Tecuhltli, que no daba, a pesar de su dulzura, sensación alguna de benevolencia.

Un momento antes, Valeria había visto cómo la mujer de palabras suaves apuñalaba en el pecho a una enemiga xotalanca.

—Se llevarán los cadáveres a las catacumbas —agregó la tecuhltli—. Si no, sus espectros permanecerían en las habitaciones y vagarían por ellas.

—¿Crees en los espíritus?

—Sé que el fantasma de Tolkemec habita en las catacumbas —dijo la mujer estremeciéndose—. Yo misma lo vi una vez, estando arrodillada en la cripta junto a la tumba de una reina. Pasó a mi lado bajo la forma de un viejo de enorme barba y largos cabellos, y sus ojos brillaban en la oscuridad. Era Tolkemec, desde luego. Yo lo había visto de pequeña, cuando le estaban torturando.

Su voz se convirtió en un susurro cuando agregó:

—Olmec se ríe, pero yo sé que el espíritu de Tolkemec habita en las catacumbas. Dicen que son las ratas las que devoran la carne de los muertos recientes..., pero los fantasmas también comen carne. ¿Quién sabe...?

La mujer se calló de repente cuando vio una sombra que se proyectaba sobre el diván. Valeria miró hacia arriba y vio a Olmec, que la estaba observando. El príncipe se había bañado para quitarse la sangre que poco antes le cubría casi por completo. Pero no se había colocado la túnica y por encima y por debajo de su taparrabo, su cuerpo de piel oscura confirmaba la primera impresión de fuerza bestial. Sus ojos negros centelleaban con primitivo brillo.

El príncipe miró fijamente a la mujer tecuhltli, que se levantó enseguida y salió de la habitación. Al atravesar la puerta, la mujer miró a Valeria con un gesto de burla y cinismo.

—No ha hecho un buen trabajo —dijo Olmec acercándose al diván e inclinándose sobre el vendaje—. Permíteme que vea...

Con una rapidez insólita en un individuo de su corpulencia, Olmec se abalanzó sobre la espada de Valeria y la arrojó al otro lado de la habitación. A continuación, el príncipe cogió a la mujer en sus fornidos brazos.

Por veloz que hubiera sido Olmec, Valeria no se quedó atrás, pues mientras él la abrazaba, ella sacó una daga y levantó la mano con rapidez felina. Más por suerte que por reflejos, el príncipe consiguió sujetar la mano de Valeria después de lo cual se inició un salvaje forcejeo. Ella le atacaba con puños, pies, dientes y uñas, aplicando toda la fuerza de su espléndido físico y la práctica que había adquirido en la lucha cuerpo a cuerpo durante sus años de pirata. Pero a Valeria se le cayó la daga y se vio incapacitada para infligir un verdadero daño a su gigantesco atacante.

El brillo de los ojos oscuros de Olmec no se había alterado, lo que llenó de furia a Valeria, además de la sonrisa irónica que flotaba en los labios del hombre, enmarcados por la larga barba renegrida.

En aquella expresión la mujer vio el compendio de una raza en absoluta decadencia, y por primera vez Valeria sintió miedo de un hombre. Los brazos de hierro de Olmec la dominaban, a pesar de sus esfuerzos, y la mujer sintió pánico. Por otro lado, él parecía insensible a cualquier clase de dolor. Sólo en una ocasión, cuando la mujer le hundió ferozmente los dientes en la muñeca hasta sacarle sangre, Olmec reaccionó con verdadera violencia. Y fue para abofetearla cruelmente con la mano abierta, con una fuerza tal que aturdió momentáneamente a Valeria.

La mujer gritó al sentirse ultrajada de aquella manera, pero su resistencia fue inútil. Se sintió aplastada bajo el peso del corpulento individuo, y le miró inerme y jadeante como una tigresa acorralada.

Poco después, él salía de la habitación llevándosela en brazos. Ella no ofreció resistencia, pero el brillo de sus ojos le indicaba a Olmec que no la había conquistado, en espíritu al menos. Valeria no gritó. Sabía que Conan estaba lejos y se dijo que ninguno de los tecuhtli se opondría a la voluntad de su amo. Pero luego advirtió que Olmec avanzaba furtivamente, volviendo la cabeza para ver si le seguían. No regresó a la sala del trono. La sacó por otra puerta y avanzó por un salón. Al comprender que el hombre temía la presencia de alguien, la mujer echó hacia atrás la cabeza y gritó prolongadamente, con toda la fuerza de sus pulmones.

Otro bofetón brutal la dejó aturdida, y Olmec apresuró el paso y echó a correr.

Pero su grito había tenido eco, pues al volver la mirada hacia atrás, entre las lágrimas que velaban sus ojos, Valeria vio a Techotl que avanzaba cojeando hacia ellos.

Olmec se volvió para observar al hombre que se le acercaba.

—¡Olmec! —exclamó Techotl—. ¿Cómo puedes hacer esto? Es la mujer de Conan. Nos ayudó a derrotar a los xotalancas y además... Sin decir una sola palabra, el príncipe aferró a Valeria con un brazo y con el otro le dio un puñetazo a Techotl en la cabeza, haciéndolo caer sin sentido. Luego se inclinó, sin que parecieran molestarle en lo más mínimo los caóticos movimientos de la mujer, extrajo la espada de la vaina de Techotl y le

atravesó el pecho a éste. Arrojó el sable a un rincón y reanudó la carrera por el pasillo.

Olmec no había visto a una mujer de rostro oscuro que le observó cautelosamente cuando pasó al lado de unos tapices. La mujer desapareció enseguida. Techotl emitió un quejido desde el suelo y se movió un poco. Luego se puso en pie con dificultad y se alejó gritando el nombre de Conan, tambaleándose como un borracho.

Olmec bajó por una escalera de mármol, cruzó varios corredores y se detuvo en una amplia habitación, cuyas puertas estaban cubiertas por enormes tapices, excepto una de ellas: se trataba de una pesada puerta de bronce, parecida a la Puerta del Águila del piso superior.

El hombre se detuvo ante las hojas de bronce y dijo con voz profunda:—Ésta es una de las puertas exteriores de Tecuhltli. Por primera vez en cincuenta años no hay centinelas aquí. Ya no les necesitamos, porque hemos aniquilado a los xotalancas.

—¡Gracias a Conan y a mí, condenado perro! —exclamó Valeria temblando de ira—. ¡Maldito traidor, Conan te degollará por esto!

Olmec no se molestó en decirle que era Conan quien ya estaría degollado en aquellos momentos, de acuerdo con sus órdenes. Sus ojos inyectados en sangre recorrían el cuerpo de Valeria.

—Olvídate de Conan —le dijo—. Olmec es el príncipe de Xuchotl. Nuestros enemigos ya no existen. No habrá más luchas, y nos pasaremos la vida bebiendo y amando. ¡Bebamos primero!

Olmec se sentó ante una mesa de marfil y colocó a Valeria sobre sus rodillas. Parecía un sátiro de piel oscura con una ninfa de piel blanca sobre las rodillas. Cogió un vaso de vino que había en la mesa y, acercándolo a los labios de Valeria, le ordenó:

—¡Bebe!

Pero ella se resistió y el vino se derramó por su rostro.

—A tu invitada no le gusta ese vino, Olmec —dijo una voz fría a sus espaldas.

El hombre se estremeció y una llama de temor apareció en sus ojos. Volvió lentamente su enorme cabeza y se quedó mirando a Tascela, que estaba de pie agarrando un tapiz con una mano y la otra apoyada negligentemente en la cadera. Valeria se retorció bajo el brazo de hierro que la atenazaba, y cuando sus ojos se encontraron con la ardiente mirada de Tascela, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Aquella noche había aprendido a temer a un hombre, y ahora sabía lo que era tenerle miedo a una mujer.

El príncipe permanecía inmóvil. Había palidecido. Tascela levantó la otra mano y enseñó un pequeño vaso de oro.

—Temí que no le gustara tu vino, Olmec —dijo la princesa con voz insinuante—, de modo que traje del mío, el que traje conmigo hace mucho tiempo desde las orillas del lago Zuad. ¿Entiendes, Olmec?

Gruesas gotas de sudor cubrieron de pronto la frente del hombre. Sus músculos se

aflojaron, y Valeria se libró de su abrazo y se refugió al otro lado de la mesa. Pero aunque la razón la impulsaba a huir de la habitación, algún hechizo que no entendía la mantenía rígida, observando la escena.

Tascela se acercó al príncipe con andar ondulante y burlón. Su voz era suave, susurrante, acariciadora, pero los ojos le centelleaban. Acarició levemente la barba del hombre con sus suaves dedos.

—Eres un egoísta, Olmec —musitó sonriendo—. Quieres guardar a nuestra hermosa invitada para ti solo, aunque sabes que yo también deseaba agasajarla. ¡Has cometido una falta imperdonable, Olmec!

La máscara se cayó por un instante; los ojos de la mujer centellearon y su rostro se contrajo. Con una inesperada muestra de fuerza le aferró convulsivamente la barba y arrancó de ella un enorme mechón.

Olmec se levantó, lanzó un grito ronco y se tambaleó como un oso.

—¡Ramera! —gritó, y su voz resonó por toda la habitación—. ¡Bruja! ¡Endemoniada! ¡Tecuhltli debió haberte matado hace cincuenta años! ¡Vete, ya te he aguantado bastante! ¡Esta mujer de piel blanca es mía! ¡Vete de una vez, antes de que te mate!

La princesa se echó a reír y le arrojó al rostro los pelos ensangrentados. Su risa era más fría que el sonido del pedernal contra el acero.

—Hubo un tiempo en que hablabas de otro modo, Olmec —dijo Tascela—. Cuando eras joven pronunciabas palabras de amor. Sí, fuiste mi amante un día, hace años, y entonces me hablabas con veneración. Me rodeabas con los brazos bajo el loto encantado y yo retenía las cadenas que te esclavizaban. Sabes muy bien que no puedes hacer nada contra mí, que sólo tengo que mirarte a los ojos con el poder que me enseñaron los sacerdotes de Estigia hace mucho tiempo para que te quedes indefenso. Recuerda las noches bajo el loto negro, que se balanceaba por encima de nosotros, moviéndose acariciado por una brisa ultraterrena. No puedes luchar contra mí. Eres mi esclavo, como lo eras aquella noche... ¡y como lo serás mientras vivas, Olmec de Xuchotl!

Su voz se había convertido en un susurro, como el de un arroyo que corre entre las piedras. La mujer se acercó al príncipe y extendió sus largos dedos sobre el enorme pecho de Olmec. Los ojos de éste se velaron y sus fornidos brazos cayeron a los lados inertes.

Con una sonrisa de malicia cruel, Tascela levantó el vaso hasta los labios del hombre.

—¡Bebe! —le ordenó.

Olmec obedeció maquinalmente; al momento, la expresión de sus ojos reflejó una furia enorme y luego un inmenso temor. Abrió la boca, pero de ésta no salió sonido alguno. Se tambaleó durante un momento y luego cayó como un saco al suelo.

El ruido que produjo el príncipe al caer sacó a Valeria de su éxtasis. Se volvió hacia la puerta y corrió hacia ella, pero con un salto de pantera Tascela se interpuso en su camino. Valeria trató de golpearla con el puño con todas sus fuerzas. Sin duda, habría dejado sin sentido a cualquier hombre. Pero Tascela eludió el golpe con un rápido movimiento y

aferró a la pirata por la muñeca. Enseguida la princesa le cogió también la muñeca izquierda a Valeria y, sosteniéndolas juntas con una mano, las ató tranquilamente con una cuerda. Aquella noche, Valeria creía haber sido objeto de las peores humillaciones, pero aún tendría que soportar más. Siempre se había sentido inclinada a desdeñar a las mujeres; le parecía imposible encontrar a otra mujer que pudiera manejarla como a una niña. Apenas se resistió cuando Tascela la obligó a sentarse en una silla y la ató al respaldo.

Después de haber pasado por encima de Olmec, la princesa se dirigió a la puerta de bronce, descorrió el cerrojo y la abrió.

—Este pasillo —dijo, dirigiéndose a su prisionera— da a una habitación que en otros tiempos se usaba como cámara de tortura. Cuando nos retiramos a Tecuhltli, nos llevamos la mayor parte de los artefactos con nosotros, pero quedó uno que era demasiado pesado. Aún funciona, y creo que ahora me puede servir.

Una expresión de espanto se reflejó en el rostro de Olmec. Tascela avanzó hacia él, se inclinó y le cogió por los cabellos.

—Está parcialmente paralizado —agregó la princesa—. Puede oír, pensar y sentir. ¡Sí, puede percibir todas las sensaciones!

Después de esta siniestra observación, se encaminó hacia la puerta arrastrando el gigantesco cuerpo con una facilidad que hizo abrir los ojos de asombro a la mujer pirata. Tascela recorrió luego el pasillo y desapareció por una puerta de hierro, que se cerró enseguida con un sonido metálico.

Valeria pronunció un débil juramento; se movió en vano, pues estaba bien atada a la silla.

Al cabo de un rato regresó la princesa, sola. Detrás de ella se alcanzó a escuchar un ahogado lamento que provenía de la habitación. Tascela cerró la puerta, pero no corrió el cerrojo.

Valeria permaneció inmóvil, observando a la mujer en cuyas manos se hallaba en aquel momento.

Tascela cogió los rubios cabellos de la pirata y la hizo mirar hacia arriba con rostro impávido. Pero la expresión de sus ojos no era impasible.

—Te he elegido para que recibas un gran honor —le dijo—. Servirás para restituir la juventud a Tascela. ¡Ah, eso te asombra! Sí, mi aspecto es juvenil, pero por mis venas corre el frío de la vejez que se acerca, tal como lo he sentido miles de veces anteriormente. Yo soy vieja, tan vieja que ni siquiera recuerdo mi infancia. Pero en otro tiempo fui una hermosa muchacha. Un sacerdote de Estigia me amó y me reveló el secreto de la inmortalidad y de la juventud eterna. Murió... dicen que envenenado, y viví en un palacio, a orillas del lago Zuad, sin que el paso del tiempo me afectara. Finalmente, un rey de Estigia quiso hacerme suya. Mi gente se rebeló y me trajo a estas tierras. Olmec me llama princesa, y lo cierto es que no tengo sangre real. Pero soy más que una princesa. Soy Tascela, cuya juventud contribuirás a devolver con tu gloriosa juventud.

Valeria se mordió los labios. Intuía en todo aquello un misterio más insólito de lo que

había pensado.

La mujer morena desató las muñecas de la aquilonia y la obligó a ponerse en pie.

No era el temor a la fuerza dominante de la princesa lo que paralizaba a Valeria y le impedía reaccionar; eran los terribles ojos de Tascela, ardientes e hipnóticos, los que la mantenían prisionera.

Capítulo 7

El hombre de las tinieblas

—¡Y bien, soy un kushita!

Conan miró al hombre que se hallaba sobre el bastidor de hierro.

—¿Qué diablos estás haciendo en ese aparato? —preguntó.

Detrás de la mordaza surgieron una serie de sonidos incoherentes. Conan se inclinó y le quitó el trapo, provocando un lamento de miedo en el prisionero, ya que, con el movimiento, la esfera de hierro había descendido hasta presionar su enorme torso.

—¡Cuidado, por Set! —exclamó Olmec.

—¿Crees que me preocupa tu suerte? En realidad, me gustaría quedarme aquí para ver cómo esa enorme bola te aplasta las entrañas. Pero tengo prisa. Dime, ¿dónde está Valeria?

—¡Suéltame! —dijo Olmec—. Entonces te lo diré.

—Dímelo primero.

—¡Jamás! —repuso el príncipe, y cerró la boca con gesto tozudo.

—Está bien —dijo el cimmerico, tomando asiento junto al aparato de tortura—. La encontraré yo mismo una vez que tú hayas sido reducido a pulpa. Y creo que puedo acelerar el asunto pinchándote un poco en las orejas —agregó, extendiendo la espada a título de prueba.

—¡Espera! —dijo el cautivo con los labios cenicientos—. Tascela me la quitó y luego me trajo aquí. Yo no he sido más que un títere en sus manos.

—¿Tascela? —preguntó el cimmerico escupiendo—. ¡Vaya, esa maldita...!

—No, es peor de lo que tú crees —dijo Olmec jadeando—. Tascela es vieja, nació hace varios siglos. Pero renueva su vida y su juventud mediante el sacrificio de mujeres

jóvenes y hermosas. Por eso nuestro clan ha quedado reducido a su estado actual. Extraerá la fuerza vital de Valeria y volverá a tener vigor y belleza.

—¿Las puertas están cerradas? —preguntó Conan mirando a su alrededor.

—Sí, pero conozco un camino para llegar a Tecuhtli. Sólo Tascela y yo conocemos su existencia. Ella cree que tú estás muerto y que yo sigo prisionero. Libérame y te juro que te ayudaré a rescatar a Valeria. Sin mi ayuda no podrás entrar en Tecuhtli. Déjame libre, y la mataré antes de que pueda dominarme con su magia, antes de que nos mire siquiera. Un cuchillo por la espalda hará bien el trabajo. Debí haberla matado hace tiempo, pero temí que sin su ayuda los xotalancas nos derrotaran. Ella también me necesitaba. Esa es la única razón por la que me ha dejado vivir hasta ahora. En este momento ninguno de los dos necesita al otro. Uno debe morir. Te juro que cuando haya matado a la bruja, tú y Valeria podréis marcharos sin que nadie os haga daño. Mi gente me obedecerá una vez muerta Tascela.

Conan se inclinó y cortó las ataduras del príncipe. Olmec se deslizó cuidadosamente bajo la esfera de hierro, se puso en pie y sacudió la cabeza como un toro, mientras profería juramentos y se palpaba el lacerado cuero cabelludo.

Hombro con hombro, los dos individuos presentaban un formidable cuadro de primitivo poder. Olmec era tan alto como el cimmerico, pero más pesado. Sin embargo, había algo repulsivo en el tlazitlano, algo abismal y monstruoso que contrastaba negativamente con la esbelta robustez del cimmerico. Conan se había quitado los restos de su desgarrada camisa y se cubría tan sólo con un taparrabo. Parecía la imagen de la fuerza primitiva tallada en bronce. Olmec tenía la piel oscura, pero no a causa de los rayos del sol. Si Conan era una figura del amanecer de los tiempos, Olmec era una sombría imagen de épocas anteriores.

—Guíame hasta allí, y ve tú delante —dijo el cimmerico—. No me fío un pelo de ti.

Olmec no llevó a Conan de vuelta a la puerta de bronce, pues el príncipe había supuesto, con acierto, que Tascela la habría cerrado, sino hasta una habitación de la zona limítrofe de Tecuhtli.

—Este secreto ha sido guardado durante medio siglo —dijo—. Ni siquiera lo conoce la gente de nuestro clan, y menos aún los xotalancas. El mismo Tecuhtli mandó hacer esta entrada secreta y después mató a los esclavos que la construyeron. Temía verse expulsado algún día de su propio reino por las artes de Tascela, cuya pasión por él pronto se convirtió en odio. Pero ella descubrió el secreto y puso barras por dentro de la puerta secreta un día que Tecuhtli volvía de una incursión que había dado escasos frutos. Los xotalancas le capturaron y luego le desollaron vivo. Un día que yo espiaba a Tascela la vi entrar por aquí, con lo cual descubrí el secreto.

Olmec apretó un saliente dorado que había en la pared, y una sección de ésta giró hacia adentro, dejando ver una escalera de mármol que llevaba arriba.—La escalera ha sido construida en el mismo muro y conduce a una torre que sobresale por encima del techo. Desde allí hay unas escaleras que llevan hacia abajo, a las habitaciones. ¡Vamos, deprisa!

—¡Después de ti, amigo! —dijo Conan con sorna, mientras empuñaba su enorme espada.

Olmec se encogió de hombros y avanzó hacia la escalera. El cimmerico lo siguió, y la puerta se cerró tras ellos.

Subieron hasta que Conan estimó que se hallaban por encima del nivel del cuarto piso. Arriba brillaban numerosas gemas verdes. Luego había una torre cilíndrica, en cuyo techo abovedado estaban incrustadas las piedras preciosas que iluminaban los escalones. A través de unas ventanas con barras de oro y cristales irrompibles —las primeras ventanas que veía en Xuchotl—. Conan divisó unos montes elevados a lo lejos, así como más torres y cúpulas que se recortaban sombríamente contra las estrellas. Estaba viendo por vez primera los techos de Xuchotl.

Olmec no miró por las ventanas. Al cabo de un momento bajó rápidamente por una de las diversas escaleras que descendían desde la parte superior de la torre y llegaron a un estrecho pasillo, que formaba un ángulo recto a cierta distancia. Se encontraron de nuevo ante unos escalones que llevaban abajo. Allí Olmec se detuvo.

Desde abajo llegaba, apagado pero inconfundible, el grito de una mujer. Uno gritó que expresaba al mismo tiempo furia, temor y vergüenza. Conan reconoció la voz de Valeria.

La repentina ira que aquel grito suscitó en el cimmerico hizo que se olvidara de Olmec. Pasó por delante del príncipe y empezó a bajar por la escalera. Su instinto le advirtió algo, en el preciso momento en que el príncipe le golpeaba con su puño que parecía una maza. El fiero golpe iba dirigido contra el cráneo de Conan, pero este giró a tiempo y lo recibió en el cuello. Semejante impacto le habría quebrado las vértebras a un hombre menos robusto.

A pesar de todo, el bárbaro se tambaleó hacia atrás, pero en el momento en que caía arrojó su espada, inútil en un lugar tan estrecho, y aferró el brazo aún extendido de Olmec, arrastrando al príncipe en su caída. Ambos cayeron al suelo en un batiburrillo de miembros en movimiento, y en aquel momento el cimmerico consiguió rodear con sus féreos dedos el cuello de toro de Olmec.

Al igual que un perro de caza, Conan siguió aferrándole mientras rodaban, hasta que fueron a dar contra una puerta de marfil situada en el fondo de la escalera. Lo hicieron con un ímpetu tal que destrozaron la puerta y siguieron rodando entre sus restos. Pero Olmec ya estaba muerto, pues los dedos de hierro del cimmerico le habían roto el cuello mientras caían por las escaleras.

Conan se puso en pie y se sacudió de los hombros los trozos de marfil y el polvo que cubrían su cuerpo.

Se encontraba en la gran sala del trono, donde había quince personas reunidas. A la primera que vio fue a Valeria. Delante del estrado del trono había un extraño altar. Frente a éste se alineaban siete enormes velas negras colocadas en unos candelabros de oro. Dichas velas expulsaban un denso humo verde que subía en espiral con turbador aroma. Las

espirales se unían para formar una nube debajo del techo. Encima del altar se hallaba tendida Valeria, y la blancura de su piel contrastaba notablemente con el brillante color negro de la losa.

No estaba atada, pero sí estirada, con los brazos encima de la cabeza. En la cabecera del altar había un hombre joven que la sostenía con fuerza por las muñecas. Una mujer arrodillada en el otro extremo le sostenía los tobillos. En aquella postura, la aquilonia no podía hacer ningún movimiento.

Once personas, entre hombres y mujeres de Tecuhltli, estaban arrodillados en semicírculo y observaban la escena con ojos ávidos y ardientes.

Tascela estaba sentada sobre el trono de marfil, y a su alrededor unos incensarios producían un tenue vaho aromático. La mujer no estaba quieta, sino que se retorció en contorsiones sensuales, como si experimentara un intenso placer al sentir en su carne el contacto del marfil.

El estrépito de la puerta al romperse bajo el impacto de los dos cuerpos no alteró la escena. Los hombres y las mujeres arrodillados miraron sin curiosidad el cuerpo inerte de su príncipe y al hombre que se encontraba junto a la puerta, y luego volvieron los ojos hacia la convulsa figura blanca que se agitaba en el altar. Tascela le miró despectivamente y rió con carcajada burlona.

—¡Ramera! —exclamó el cimmerico con los puños cerrados, avanzando hacia ella.

Al dar los primeros pasos, oyó un ruido metálico y sintió que un hierro le mordía salvajemente en la pierna. Sólo los tensos músculos de su pantorrilla lo habían salvado de que un cepo de acero le cercenara la pierna. El maldito artefacto había surgido de repente del suelo.

—¡Estúpido! —exclamó Tascela riendo—. ¿Crees que no me iba a prevenir contra tu posible regreso? Cada una de las puertas de esta sala está provista de trampas semejantes. ¡Quédate ahí y observa cómo se cumple el destino de tu hermosa amiga! Luego decidiré qué hacer contigo.

La mano derecha de Conan se extendió instintivamente hacia su cinto, pero sólo halló la vaina vacía, sin la espada. Esta había quedado en la escalera. La daga se encontraba en el bosque, donde le había servido para matar al dragón. Los dientes de acero de la trampa le dolían en la pierna como si fueran carbones encendidos, pero el dolor no era tan penoso como la ira que le invadía el alma. Estaba atrapado. Si hubiera tenido la espada, seguramente se habría cortado la pierna para arrastrarse por el suelo e intentar matar a Tascela. Los ojos de Valeria le miraron con muda súplica y Conan se sintió enloquecer de impotencia.

Se dejó caer sobre la rodilla de la pierna libre y trató de introducir los dedos entre los dientes del cepo. La sangre le cubrió las manos al herirse con las aceradas púas, pero éstas no se abrieron.

Tascela hizo caso omiso del cimmerico. Se puso en pie lánguidamente ante sus escasos súbditos y, después de mirarlos durante un momento, preguntó:—¿Dónde están Xamec,

Zlanath y Tachic?

—No regresaron de las catacumbas, princesa —repuso uno de los hombres—. Al igual que nosotros, llevaron los cuerpos de los muertos a las catacumbas, pero no volvieron. Tal vez el espectro de Tolkemec se los llevó.

—¡Calla, infeliz! —dijo ella secamente—. Ese fantasma es un mito.

Luego, la princesa descendió del altar empuñando un fino estilete con empuñadura de oro. Sus ojos brillaban como ascuas. Se detuvo junto al altar y habló con tono suave, pero tenso.

—¡Tu organismo me conservará joven, mujer blanca! —dijo—. Me inclinaré sobre tu cuerpo, aplicaré mis labios a los tuyos y lentamente, muy lentamente, hundiré esta hoja en tu corazón. Entonces tu vida, al huir por tu boca, entrará en la mía e infundirá nueva juventud y vigor a mi cuerpo.

Lentamente, como una serpiente que se cierne sobre su víctima, Tascela se inclinó sobre la inmóvil mujer, que la miraba con ojos desorbitados.

Las personas que estaban arrodilladas se apretaron las manos y contuvieron el aliento. Tan sólo se oía el jadeo del cimmerico, que intentaba desesperadamente liberar su pierna de la trampa.

Todas las miradas estaban fijas en el altar y en la blanca figura tendida encima de la losa. Ni la caída de un rayo habría disipado el embrujo de aquella escena. Y a pesar de ello, un grito bajo y ronco rompió el hechizo e hizo que todos se volvieran. Era un grito estremecedor, que les erizó el cabello a todos los presentes.

Al volverse, vieron una figura de pesadilla recortándose en la puerta que daba a las catacumbas. Se trataba de un hombre de pelo y barba blancos, enmarañados y muy largos. Unos andrajos cubrían en parte su enjuto cuerpo, dejando ver una piel que no era humana. Su color era repulsivo. Los ojos centelleantes de la aparición estaban desprovistos de todo vestigio de emoción o cordura. Tenía la boca abierta, pero no para expresar palabras coherentes, sino para proferir aquel grito desgarrador que pareció prolongarse indefinidamente.

—¡Tolkemec! —musitó Tascela, lívida, mientras los demás se acurrucaban, dominados por un terror indescriptible—. ¡No había tal mito ni tal fantasma! ¡Has vivido durante doce años en las tinieblas! ¡Doce años entre los muertos! ¡Cuál ha sido tu horrible alimento, en todo este tiempo? ¡Qué alucinante remedo de existencia humana has vivido en la oscuridad de la noche eterna? Ahora comprendo por qué Xamec, Zlanath y Tachic no regresaron de las catacumbas... ni jamás volverán. Pero ¿por qué has esperado tanto tiempo para actuar? ¿Buscabas algo en las criptas? ¿Algo secreto, que finalmente has encontrado?

Un odioso alarido fue la única respuesta de Tolkemec, que saltó al interior de la habitación pasando por encima del lugar en el que se hallaba el cepo sin que éste se abriera. Tal vez por una casualidad, o tal vez porque Tolkemec conocía todos los recovecos de Xuchotl. El hombre no estaba loco en el sentido estricto de la palabra. Había

vivido aislado de los seres humanos durante tanto tiempo que ya no era un ser humano. Sólo un recuerdo lejano y un profundo deseo de venganza lo relacionaban con sus semejantes. Sólo ese delgado hilo había impedido que desapareciera para siempre por los túneles y las grutas que descubriera mucho antes.

—¡Tú buscabas algo oculto! —dijo Tascela—. ¡Y lo has encontrado! ¡Todavía recuerdas la disputa! ¡Después de tantos años aún la recuerdas!

La huesuda mano derecha de Tolkemec empuñaba una extraña vara de jade, en cuyo extremo brillaba una bola de color carmesí semejante a una pepita de granada.

La princesa saltó a un lado a toda velocidad en el preciso instante en que Tolkemec blandía la vara y un rayo de fuego de color carmesí surgía de la bola en forma de pepita de granada. Tascela lo esquivó, pero la mujer que sostenía a Valeria por los tobillos se hallaba en el camino y recibió el rayo en la espalda. Se oyó un fuerte chasquido y después un chisporroteo aterrador. La mujer se tambaleó y luego se desplomó, al tiempo que se arrugaba y se contraía como una momia.

Valeria rodó sobre el altar y se dejó caer al otro lado de éste. Entonces comenzó a avanzar a gatas, ya que en la sala del trono se había desatado un infierno.

El hombre que había sostenido las manos de Valeria fue la siguiente víctima. Se volvió para correr, pero, antes de que hubiera dado media docena de pasos, Tolkemec, con una agilidad inconcebible para su edad, saltó hasta colocarse entre el hombre y el altar. El rayo rojo volvió a brillar, y el tecuhltli rodó sin vida por el suelo.

Luego comenzó la matanza. Todos echaron a correr por la sala profiriendo gritos demenciales, empujándose, tropezando y cayendo. Tolkemec saltaba entre ellos e iba volviéndose, sembrando la muerte. Cuando intentaban escapar por alguna puerta, la vara que empuñaba el viejo los abatía como si de un rayo se hubiera tratado.

No elegía una víctima en especial, sino que atacaba al azar, con los jirones de su atuendo azotándole las carnes, y un espantoso alarido que subía o decrecía en intensidad por encima de los chillidos de los tecuhltli. Los cuerpos caían como hojas delante del altar y de las puertas. Uno de los guerreros se abalanzó sobre él, desesperado, con el puñal en alto, pero se desplomó antes de que pudiera acercársele demasiado. Los demás parecían un rebaño enloquecido, no pensaban en resistir ni tenían ninguna posibilidad de escapar.

Todos los tecuhltli, con excepción de Tascela, ya habían caído. La princesa se acercó al cimmerico y a Valeria, que se había refugiado junto a él, y oprimió un saliente que había junto al cepo. Al instante, éste se abrió y la pierna sangrante se liberó, después de lo cual la trampa se hundió en el suelo.

—¡Mátale, si puedes! —dijo la mujer jadeando, al tiempo que ponía una daga en la mano de Conan—. ¡Mi magia nada puede contra él!

El bárbaro saltó delante de las dos mujeres con un gruñido, sin preocuparse por su pierna herida. Tolkemec avanzaba hacia él con los ojos brillantes, pero pareció dudar al ver el arma que esgrimía Conan. Entonces comenzó un temible juego en el que Tolkemec daba vueltas en torno al cimmerico, procurando dirigir sobre él su rayo mortífero. Pero

Conan lo evitaba con agilidad felina y a su vez procuraba asestarle una cuchillada a su enemigo. Las mujeres observaban la escena conteniendo la respiración.

No se escuchaba otro sonido que el roce del calzado sobre el suelo. Tolkemec ya no saltaba como antes. Se daba cuenta de que se estaba enfrentando a un rival mucho más peligroso que los que había abatido hasta aquel momento. Seguían moviéndose casi al unísono, esquivando y atacando sin resultado, pero el cimmerico se acercaba cada vez más a su enemigo. Los contraídos músculos de sus piernas ya se disponían a dar el salto definitivo cuando Valeria lanzó un grito. Un rayo rojo había surgido de la vara que empuñaba Tolkemec, pero Conan no había podido apartarse a tiempo, y así el otro tocó en un costado al cimmerico al tiempo que éste se revolvía. Pero lo había hecho para atacar con su daga. El viejo Tolkemec se desplomó pesadamente con la hoja clavada en el pecho, muerto al fin.

Tascela saltó entonces hacia la vara, que brillaba como una cosa viva sobre las losas. Pero cuando lo hizo, Valeria la imitó, cogiendo un puñal del cinto de uno de los muertos. Y el cuchillo, impulsado por todas las fuerzas de la mujer pirata, se clavó profundamente en la espalda de Tascela y le salió por delante, entre los senos. La princesa gimió y cayó al suelo sin vida.

—¡Tenía que hacerlo para quedarme tranquila con mi conciencia! —dijo Valeria, volviéndose hacia Conan encima del cuerpo inerte.

—Bien, así queda saldada la disputa —repuso él—. ¡Ha sido una nochecita infernal! ¿Dónde tendrá esta gente la comida? Me estoy muriendo de hambre.

—Antes hay que curarte esa pierna —dijo Valeria, y rasgó un trozo de seda de una de las cortinas, con el cual procedió a vendarle cuidadosamente la pierna herida al cimmerico.

—Puedo andar a pesar de esto —le dijo Conan—. Vayámonos de esta maldita ciudad, puesto que ya ha amanecido. Estoy harto de Xuchotl y ni siquiera deseo ninguna de sus condenadas joyas. Podrían estar embrujadas. En fin, esta raza se ha exterminado a sí misma.

—Hay suficiente botín en el mundo para ti y para mí, y más limpio que éste —admitió la mujer, al tiempo que su espléndido cuerpo se erguía ante el cimmerico.

Un antiguo fulgor brilló en los ojos de Conan, y esta vez ella no se resistió cuando la tomó con fuerza en sus brazos.

—Hay un largo camino hasta la costa —dijo ella al fin, alejando sus labios de los del bárbaro.

—¿Y eso qué importa? —contestó el cimmerico riendo gozosamente—. No hay nada que no podamos conseguir. Antes de que los estigios abran sus puertos para la temporada comercial, tendremos bajo nuestros pies la cubierta de un barco, te lo aseguro. Y entonces le demostraremos al mundo cómo se conquistan los más grandes tesoros de la tierra.

